

2

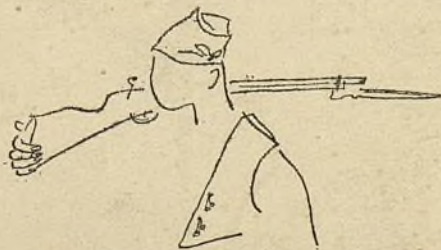
HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

XIII

SUMARIO:

TRABAJOS DE ANTONIO MACHADO, JACINTO BENAVENTE, RAFAEL DIESTE, ENRIQUE DIEZ CANEDO, ANTONIO SANCHEZ BARBUDO, EMILIO PRADOS, O. SAVITCH, STANLEY RICHARDSON, FERNANDO VAZQUEZ, OTTO MAYER Y ENRIQUE CASAL CHAPI



Viñetas de Ramón Gaya. — Barcelona, Enero, 1938



HORA
DE
ESPAÑA

Tipografía La Académica : E. Granados, 112 : Teléf. 77452 : Barcelona

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR

UN AÑO

Nada hay, ningún troquel como el del tiempo, porque quizá no existe ninguna otra cosa que la conciencia humana refleje con más nitidez y evidencia insobornable. Nada más evidente que el tiempo perdido o ganado. Cuando se ha consumido en vano, sus cenizas apagan todo intento de entusiasmo y caen sobre la frente como la más humillante y anonadadora de las sentencias. Ante el vacío del tiempo perdido nos convertimos realmente en polvo. Mas, cuando se gana, el tiempo parece convertirse en viva roca que sostiene nuestras palabras, que afirma nuestra existencia misma. Y para España este tiempo de guerra afirmado en cada una de sus horas por la muerte de muchos de sus mejores hijos, es una comprobación plena de su existencia, una afirmación de su indestructibilidad.

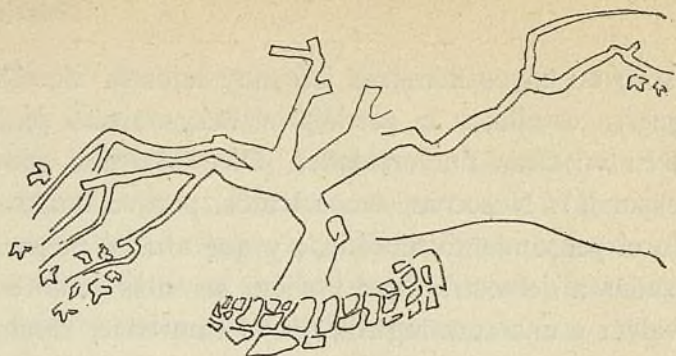
No podríamos ser nosotros quienes saquen la cuenta y el sentido último de lo que las páginas de HORA DE ESPAÑA en el transcurso de su primer año hayan aportado a la lucha común. Tan sólo nuestra satisfacción por no haber dejado vacío el puesto, deshabitado el lugar ni en silencio la palabra; que hemos puesto en ello lo que en ello nos va: la vida.

En nuestra soledad, no aislamiento, la soledad del escritor nacida sobre la profunda convivencia de hombres con nuestro pueblo, hemos estado sumergidos oyendo el latido del corazón del tiempo, tratando de darle voz. Tratando de que esta voz fuese inteligible más allá de nuestras fronteras, buscando las conciencias, buscando la inteligencia insobornable, buscando, en suma, la hombría.

Hemos querido que todos nos oigan y para ello no hemos alzado la voz, sino que la hemos mantenido en su tono medio, en aquel que normalmente le sirve al hombre para hacerse entender de sus semejantes, pues no queremos nublar con gritos la claridad meridiana de nuestra hora.

Guardamos la íntima certidumbre de haber sido escuchados por casi todos, aún por aquellos que se han sepultado en el silencio o en el olvido. No les olvidamos, porque sabemos que ellos tampoco podrán olvidar por fuertes que sean los be- leños disfrazados de razones. La tragedia tiene la virtud de traer a presencia, a claridad actual lo pasado y aún lo porvenir; la tragedia es el presente puro, el tiempo que se condensa y reúne en sus entrañas transparentes el pasado remoto y próximo con el futuro.

Y ponemos hoy, en el dintel del año que comienza, nuestra firmísima esperanza, nuestra sencilla voluntad de continuar. Nada más. España no necesita más, ni de nosotros, ni de sí misma; tan sólo continuar, caminar hacia adelante, pase lo que pase, a través de la amargura, del dolor y de la gloria.



MISCELANEA APOCRIFA

NOTAS SOBRE JUAN DE MAIRENA

Juan de Mairena había leído, en los últimos años de su vida, la obra de Henri Bergson, cuyos libros fundamentales se habían publicado ya. Por aquella época —hacia 1909— imperaba todavía en Alemania el neo-kantismo, la escuela de Marburgo, que Mairena conocía muy imperfectamente, y en la cual sólo veía un trabajo de pacientes comentaristas, que desfiguraban, a su juicio, el pensamiento del maestro de Kœnisgberg en un sentido hegeliano. Es frecuente esta manera hostil de acercarse a toda nueva filosofía. Y suele ser sincera esta hostilidad, aunque, en verdad, descaminante. Una previa simpatía, aun infundada puede ser más fecunda.

Cuenta Mairena que, hablando en París con un joven estudioso alemán, y con ánimo de tirarle de la lengua para aprender algo de él, más que deseoso de entablar polémica, vino a decirle estas palabras: Vosotros, los alemanes, estáis todavía volviendo a Kant, cuando los franceses tienen ya un nue-

vo filósofo en cuyos hombros irá muy lejos la filosofía. Mas si la guerra estalla, y la perdéis, el bergsonismo será entronizado en vuestras universidades. Dice Mairena que el alemán respondió: Nosotros somos lentos, porque tomamos muy en serio el pensamiento filosófico; y que añadió otras razones enderezadas a demostrar que pudiera ser más sabio en filosofía el volver a una ruta segura, que el emprender caminos desconocidos, que pudieran no llevar a ninguna parte. Lo cierto es que Mairena tenía más razón de la que, acaso, pretendía tener. Los hechos han de ser y darse de algún modo, y a veces hasta coinciden con nuestros pronósticos. Como escuela filosófica dominante aparece, en la Alemania de post-guerra, la fenomenología, ya iniciada por Edmundo Husserl, un movimiento intuicionista, que pretende partir, como Bergson, de los datos inmediatos, originales, irreductibles de nuestra conciencia, y que alcanza con Heidegger, en nuestros días, un extremo acercamiento al bergsonismo *.

*

Para penetrar y hacer cordialmente suya esta filosofía de Heidegger, Mairena, por lo que tenía de bergsoniano, y, sobre todo, de *poeta del tiempo* —no precisamente del suyo— estaba muy preparado. Pláceme imaginar cómo hubiera expuesto Mairena en nuestros días el pensamiento del ilustre profesor de Friburgo.

“Un alemán llega hasta nosotros —no os asustéis, porque no todos los alemanes son pedantes y, en el fondo, nadie me-

* Advertimos, para que no se nos atribuya opiniones que no tenemos, que la fenomenología no está exenta de originalidad, y que dista tanto de ser una mera consecuencia del bergsonismo, como de carecer de precedentes en la tradición filosófica de los germanos.

nos pedante que un buen alemán, de los que, seguramente, no juran por el führer— trayéndonos a la metafísica de mano, para sentarla entre nosotros, hombres de la calle más que de las aulas, representantes ibéricos, en parte, de lo que él —el alemán a que aludo— llama *das Man*, el hombre anónimo y neutro, menos todavía el *se* indefinido, sujeto frecuente de oraciones impersonales que a todos acompaña. Sin abandonar su método escolástico, su técnica de escuela —alemán, al fin— viene Heidegger con su metafísica a buscar al hombre vulgar, antes que al estudiante de filosofía, al hombre cotidiano, y en la existencia de este *ser en el mundo* (*in-der-Welt-Sein*) pretende descubrir una nota *omnibus*, una vibración humana anterior a todo conocer: la inquietud existencial, el *a priori* emotivo por el cual muestra todo hombre su participación en el ser, adelantándose a toda presencia o aparición concreta que pueda pasivamente contemplar. Ahora bien, esta inquietud (*Sorge*), este cuidado (*cura*) —los franceses le llamarían *souci*, los ingleses, *care*— que surge del fondo de la humana existencia, humilde, finita, limitada, —aunque, al fin, de suprema importancia, puesto que el hombre es el ser existente por excelencia, el ser en quien esencia y existencia se funden, el ser cuya esencia consiste en existir,— esta inquietud, digo, nos aparece, ya como un temor o sobresalto que el *se* anónimo (*das Man*) aquieta, trivializándole, convirtiéndole en tedio consuetudinario, ya transfigurado en angustia incurable, ante el infinito desamparo del hombre. Del fastidio a la angustia, pasando por la *imagen espantosa de la muerte*: tal es el *camino de perfección* que nos descubre Heidegger.

Mas este camino de perfección, que puede empezar en la inquietud radical de nuestra existencia —le llamo *camino de*

perfección para expresar de algún modo la tendencia moral, más que religiosa, que no abandona a Heidegger— no es menos substancial que el camino hacia abajo (*odós kato*) de la existencia a la deriva, o que huye de sí misma (*uneigentliche Existenz*), el cual, bajo el influjo del *se* anónimo —*das Man*— tendemos a recorrer, huyendo de nosotros mismos, sin buscarnos por ello en los demás. Cada cual deviene (*wird*) *otro*, y nadie *él mismo*, dice —si no recuerdo mal— Heidegger, con frase de intención despectiva, que mi maestro no hubiera totalmente aprobado *.

*

La verdad es, amigos míos, que la doctrina de Heidegger aparece —hasta la fecha al menos— algo triste, lo que de ningún modo quiere decir que sea infundada o falsa. Entre nosotros los españoles y muy particularmente entre los andaluces ella puede encontrar a través de muchas rebeldías de superficie una honda adquiescencia un asentimiento de creencia o de fondo independiente de la virtud suasoria que tengan los razonamientos del nuevo filósofo. ¿Es que somos algo heideggerianos sin saberlo?

Estos versos, escritos hace muchos años y recogidos en tomo hacia 1907, pueden tener una inequívoca interpretación heideggeriana:

*"Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.*

* Heidegger no repara en que pretender llegar a ser — «werden» — otro, es el único hondo afán que pueda agitar las entrañas del ser, según explicaba o pretendía explicar, mi maestro Abel Martín.

*La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
sí, yo era niño y tú mi compañera."*

La *angustia*, a la que tanto ha aludido nuestro Unamuno y, antes, Kierkegaard, aparece en estos versos —y acaso en otros muchos— como un hecho psíquico de raíz, que no se quiere, ni se puede, definir, mas sí afirmar como una nota humana persistente, como inquietud existencial (*Sorge*), antes que verdadera angustia (*Angst*) heideggeriana, pero que va a transformarse en ella. Y, en verdad, el mundo del poeta, su mundo, es casi siempre materia de inquietud (*Zuhandenes*). A todo despertar —decía mi maestro— se adelanta una mosquita negra cuyo zumbido no todos son capaces de oír distintamente, pero que todos de algún modo perciben. De esa pinta diminuta y sombría, surge el globo total, la irisada pompa de jabón de nuestra conciencia.

La angustia (*Angst*) de Heidegger aparece en el extremo límite de la existencia vulgar, en el gran malecón, junto a la mar, cortado a pico, con una visión de la totalidad de nuestro existir y una reflexión sobre su término y acabamiento: la muerte. La angustia es, en verdad, un sentimiento complicado con la totalidad de la existencia humana y con su esencial desamparo, frente a lo infinito, impenetrable y opaco.

*Que l'univers est un défaut
dans la pureté du non-être*

dice, si la memoria no me engaña, Paul Valéry, en un suspiro hiperbólico, exhalado como otros suyos— en la angustia hei-

deggeriana, y que expresa, a su modo, el carácter *fautif* de lo existente. Mas la existencia que se encuentra a sí misma (*ei-gentliche Existenz*) que ya no huye ni se dispersa en el mundo, es lo que la angustia nos revela. Es la existencia humana, limitada, finita y humillada, pero total lo que surge en nuestra conciencia con la angustia ante la muerte. No es, pues, según Heidegger, la muerte un accidente ocurrido en nuestra existencia mundana, es la existencia en sí misma en trance de alcanzar su propio acabamiento.

Por una vez intenta un filósofo —y había de ser un alemán quien lo intentase— darnos un cierto consuelo del morir con la muerte misma, como si dijéramos, con su esencia lógica, al margen de toda promesa de reposo o de vida mejor. Porque es la interpretación existencial de la muerte, —la muerte como un límite, nada en sí mismo— de donde hemos de sacar ánimo para afrontarla: la decisión resignada (*Entschlossenheit*) de morir, y la no menos paradógica *libertad para la muerte* (*Freiheit zum Tode*).

*

No descendamos al fondo gedeónico que esta filosofía, como tantas otras, muestra en su parte constructiva. Incurriríamos en pecado de superficialidad, por haber pretendido ser demasiado profundos. Alguien nos diría que *das Man* nos inspiraba, si pretendiésemos reparar en la *contraditio in adjecto* que encierra esta *decisión resignada*, etc. Dejemos esto. Reparemos en esto otro: Don Miguel de Unamuno que, dicho sea de paso, se adelanta en algunos años a la filosofía existencialista de Heidegger, y que, como Heidegger, tiene a Kierkegaard entre sus ascendientes, saca de la angustia ante la muerte un *consuelo de rebeldía* cuyo valor ético es innegable. Don-

de Heidegger pone un sí rotundo de resignación, pone nuestro don Miguel un *no* casi blasfematorio ante la idea de una muerte que reconoce, no obstante, como inevitable. El *credo quia absurdum est* de Tertuliano, que envuelve un reto de la fe a la razón y, en cierto modo, una esperanza de revelación por caminos desviados de la racionalidad, queda superado por la *decisión de rebeldía* y la *libertad contra lo ineluctable* de nuestro pensador y poeta, el cual, no sólo piensa la muerte, sino que cree en ella y, no obstante, contra ella se rebela y nos aconseja la rebeldía. Por eso, no he vacilado en considerar a Unamuno como antípoda de los estoicos. Algún día probaré, o pretenderé probar, que el pensador vasco es un español antisenequista y, por de contado, tan español como lo fué el cordobés. Pero volvamos a Heidegger.

Es Martín Heidegger, como el malogrado Max Scheler, un alemán de primera clase, de los que, digámoslo de pasada, nada tienen que ver, cualquiera que sea su posición política, que yo me complazco en ignorar, con la Alemania de nuestros días, la aborrecible y aborrecida Alemania del *führer*, de ese pedantón endiosado por la turba de filisteos —sin duda numerosa— que todavía rumia las virutas, —y sólo las virutas,— filosóficas de Federico Nietzsche y, por descontado, el ya seco forraje de los Gobineau, Chamberlain, Spengler, etc, etc. Hay en Heidegger —entre otras muchas influencias— la influencia nietzschiana, pero del buen Nietzsche, sutil y profundamente psicólogo, que tanto pugnó por acercar de nuevo el pensar filosófico a las *mesmas vivas aguas de la vida* *. Mas Heidegger pertenece, como indicamos, a la escuela de los fe-

* Santa Teresa.

nomenólogos de Friburgo que han superado, a mi juicio, el neokantismo o tornakantismo de Marburgo en dos sentidos. 1.º Agrandando positivamente el campo de la intuición a lo esencial (Wessenschau) y, por ende, el campo de la experiencia. 2.º Extendiendo también la esfera de lo apriorístico — tal fué la obra de Scheler— o de lo intencional, para hablar el lenguaje de la escuela, al campo de lo emotivo. Hay, según Scheler, un puro sentimiento —puro de lo sensible y de lo lógico— capaz de intuir o de enfocar sus propios objetos. Heidegger hace suyas, creo yo, estas conquistas de la escuela; pero la nota peculiarmente suya es lo que pudiéramos llamar su decidido *existencialismo*. Yo no sé bien que trascendencia puede alcanzar en el futuro del mundo filosófico —si existe este futuro— la filosofía de Heidegger; pero no puedo menos de pensar en Sócrates, y en la sentencia délfica a que aludía el hijo inmortal de la comadrona, ante esta nueva —¿nueva?— filosofía, que a la pregunta esencial de la metafísica: ¿qué es el ser?, responde: investigadlo en la existencia humana; que ella sea vuestro punto de partida (*Das Dasein ist das Sein des Menschen*). Y para penetrar en el ser, no hay otro portillo que la existencia del hombre, el ser en el mundo y en el tiempo... Tal es la nota profundamente lírica, que llevará a los poetas a la filosofía de Heidegger, como las mariposas a la luz.

Yo os aconsejo, amigos queridos, que os detengáis a meditar en los umbrales de esta filosofía, antes de penetrar en ella. Que vuestra posición sea más humana que escolar y pedante, quiero decir que no os abandone ese *mínimum* de precaución y de ironía, sin el cual todo filosofar es una actividad superflua. ¿Seriedad? Sin duda. Pero ello quiere decir que no habéis de tomar muy en serio las conclusiones de los filósofos,

que suelen ser falsas y, por supuesto, nada concluyentes, sino sus comienzos y sus visiones, éstas sobre todo, que apenas si hay filósofo que no las tenga. Recordad, siempre que podáis, a los antiguos griegos, nuestros maestros, sin los cuales este animal humano de occidente, no sólo carecería del valor de pensar sino también del vigor y la vigilancia que requiere la posición erecta *. Toda la filosofía de estos ágiles y magníficos griegos —yo no sé si hay realmente otra— se contiene en unas pocas visiones esenciales, y con unos cuantos poemas del pensamiento que sobre ellas se han construido para siempre. Y, más que visiones, nos han dejado miradores eternos. Llevarnos a ellos amablemente es la misión de nuestros maestros, para decirnos: “Asomaos aquí, por si veis algo. Desde aquí veía Parménides la maciza esfera del ser inmutable; Zenón la flecha inmóvil y veloz en su camino. Asomaos allá: veréis que el río de Heráclito fluye todavía, ¿quién ancla en él? Desde aquí veía Demócrito los átomos y el vacío; desde allí se admira el cielo de las ideas platónicas; más lejos se vislumbra el palacio marmóreo de la razón kantiana. De su nacimiento no sabemos nada todavía, etc.”

*

Mas yo os aconsejo que os detengáis a meditar ante esta nueva filosofía, antes de asomaros plenamente al mirador de Heidegger. Nos vamos a enfrentar con un nuevo humanismo, tan humilde y tristón como profundamente zambullido en el tiempo... Los que buscábamos en la metafísica una cura de

* Reparemos en la importancia que tuvo para nosotros la gimnástica de los griegos, la atención que prestaron al manejo de las extremidades del cuerpo humano, entre las cuales incluían la cabeza. El hombre de oriente se sienta o se tumba sin esfuerzo para pensar; pero nosotros, cuando no andamos agilmente en dos pies, caemos indefectiblemente en cuatro.

eternidad, de actividad lógica al margen del tiempo, nos vamos a encontrar —bueno es tener prejuicios sin los cuales no es posible pensar— definitiva y metafísicamente cercados por el tiempo. ¿Por una viva eternidad como la *durée* bergsoniana? Algo peor. El tiempo de Heidegger, su tiempo primordial, como en Bergson, ajeno a toda cantidad, esencialmente cualitativo, es, no obstante, finito y limitado. No pierde el tiempo, en Heidegger, su carácter ontológico por su limitación y finitud; antes lo afirma. No olvidemos que este ser en el tiempo y en el mundo, que es la existencia humana, es también el ser que se encuentra, al encontrarse con la muerte.

¡Ah!... Pero dejemos esto para mejor ocasión, porque, como dice *das Man*: aun hay más días que longanizas, etc., etc.

ANTONIO MACHADO

Valencia, diciembre de 1937.

A la manera clásica

SONETO

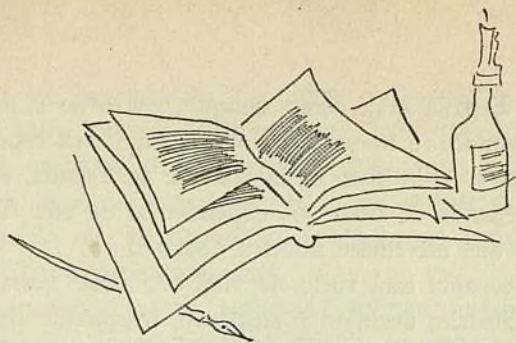
Desdoro fué de tu sin par belleza
tu despiadado trato al amor mío,
que tan constante amor tanto desvió
más fué en tí crueldad que en mí tristeza.

Contradecía en tí Naturaleza
rígor tan fiero en corazón tan frío,
que hasta para rendirse tu albedrío,
señales quiso dar de su fiereza.

Pretendí, por despique, mejor pago
hallar en otro amor a mis desvelos;
dolióse tu altivez al solo amago,

y vi por fin colmados mis anhelos,
pues fué a mí corazón cumplido halago,
que sin tenerme amor sintieras celos.

Jacinto BENAVENTE



DESDE LA SOLEDAD DE ESPAÑA

(*SOBRE LA VIDA Y EL ESPIRITU*)

El hombre español, el que por esencial imperativo permanece en él mismo y en la realidad histórica —dramática— de España, vive hoy circundado de muerte (que, además, le traspasa, como la luz a las cosas transparentes). Nos hemos hecho transparentes a esa luz del morir, y no la llevamos ya escondida, reclusa en las entrañas, ni en ese apartamiento en que la ponen los que vanamente se desentienden de ella, sino en intimidad visible, en gran hondura comunicativa.

Aquella individuación de la muerte, aquella intransferible muerte de cada uno, que Rilke desentrañaba de la memoria suya de sus muertos, ha entrado ya para nosotros, sin dejar, por eso, de ser singularísima, en diáfana comunidad y en limpio espacio de muerte fraterna, en la cual convivimos y misteriosamente nos reconocemos. Y así se reconcilia consigo misma, y en creciente horizonte de presagios, la España nuestra, que es la que quiere ser de todos.

Nos es difícil por momentos recordar. Todo, como en extrema lucidez, se hace para nosotros simultáneo. Todo, menos aquella cáscara de costumbres que parecían ser de siempre. Eso es lo que se aleja y no hay codicia en nosotros que quiera retenerlo. Rememorarlo con codicia sería no entenderse o verse muerto fuera de la muerte, es decir, cadavérico.

Apenas quedan ya cadáveres en nuestra España. Hoy más que nunca el nacer y el morir nos persuaden a todos de nuestra filial comunidad de existencia.

El aire de España está, como siempre, en torno a nuestras cabezas y conduce el sonido de nuestras palabras. La tierra está como siempre bajo nuestros pies. Y la historia, la historia de España, es por fin nuestra historia. Depende de nosotros, dependemos de ella. Y es esa mutua dependencia lo que estrema nuestra libertad.

El destino español está fuera de vida cotidiana, fuera de costumbre, en trance de albedrío, decidido y suspenso, traspasado de luz y diáfano de muerte. Y así está el hombre español, tan cerca de su responsabilidad como de los latidos de su pecho.

Mide hoy los instantes nuestro corazón con lealtad imperturbable y nos maravillamos de él. Y, con igual modestia, de la justa medida y calculado rigor de nuestros huesos, de la docilidad de nuestros músculos, de esta fiel compañía de todo nuestro cuerpo. Y hay una pausa en que buscamos norte, o más bien oriente, que es más natural, para un amor de gratitud, quizá de admiración, que nos toma el alma por asalto. Porque ese latir del corazón se une en secreto a nuestra libertad, y siendo tan poderoso como la calma de la tierra, obedece y asiste a esa palabra que queremos decir, a esa gravitación de nuestra historia.

¿Cómo podría España en ese tránsito, en pleno océano de su verdad, ser costumbrista, querer volver a confinarse en cáscara con pretensiones de armadura, si está muriendo de amor a su palabra, a la que quiere dar?

*

España, se dice, se puso a pensar en sí misma después de aquel desastre del noventa y ocho. Quizá lo cierto es que volvió a pensar en todo a partir de sí, de su realidad. No es que pusiera fin a expansivas empresas y retornase a domesticidad, que es lo que entiende por cordura el hombre de su casa. Lo que hizo fué moderar el gesto para encontrar el rostro, —pero no sólo el suyo, sino el del tiempo— y ponerse a mirar hacia el origen y hacia el porvenir. Vamos a ver, se dijo rescatando su primigenia virtud. Y hoy la España de todos, la que siente el futuro de sus manantiales y se ha puesto a quebrar, con brío de mil auroras, los ángulos del gesto detenido, —no tradición, sino cuajado énfasis y retórica ciega—, piensa de nuevo en todo a partir de sí misma, de su realísima verdad que la muerte circunda.

¿Cómo está, en ese tránsito, tan firme el destino de España, si es ella misma un puro riesgo? Quizá porque, más que nunca, piensa en todo, incluso en la posibilidad de perderse íntegra, y cada instante confirma el milagro de su existencia, la fuerza del porque sí de su albedrío, su honda razón de ser, tan inmediata y sin apoyo como esa razón de estar los astros fielmente encaminados.

Dilatada atención e íntima seguridad definen nuestro presente. Y así, aunque Europa no haya pensado todavía en serio lo que sucede en España, el español dirige la mirada, con seriedad extrema, a la crisis de Europa.

*

¿Existe hoy un cisma entre la autenticidad de España y la de Europa?... Lo que sorprende al español es que Europa no cumpla, que no sea europea. Podría serlo convencionalmente si hubiese, al menos, convenios, designaciones admitidas y respetadas para cada cosa. Pero Europa ha dejado, en realidad, de ser *convencional*. ¿Se ha hecho por esto más esencial, más atenta al espíritu que a la letra, más viva?

El gigantismo del gesto, la máscara insubordinada, el peso inerte de las máquinas sirviendo al ímpetu sin nombre, las naciones sin rostro, el mentir consabido, el miedo como único signo para reconocer a otro en los propios repeluznos, ¿es eso la superación de la letra, la pristinidad de Europa?

No podemos creerlo. Algo, sin duda, ciego y zurdo, se ha posesionado del cuerpo de Europa. Sus naciones están oprimidas, han olvidado su designio, la luz de sus mocedades, el linaje de sus voces. Y no rescatarán su gracia, su misterio, su verdadera fuerza de futuro, en tanto no consigan recobrar la memoria.

*

Imaginad un cadáver galvanizado y, si esto fuese posible, puesto en marcha; más aún: un ejército de cadáveres que pudieran ser cada-
véricamente acaudillados, y pertrechados con potentes armas... No es un cuento de Wells. Para que no lo parezca hagamos la hipótesis plenamente hiperbólica, sin sombra de ingenio, irracional, inverosímil: imaginad una legión de cadáveres vivos, no de muertos ni de resucitados, ni tampoco de hombres con sus muertes vivas. La antítesis de lo

posible y lo imposible nada tiene que hacer aquí, pues el concepto de un cadáver vivo no pertenece a la esfera racional de la posibilidad, sino a un orden más inmediato... Un cadáver vivo es un simulacro real, una realidad incompleta, un personaje sin autor —no en busca de él—, viva y horrible, o inocua, teatralidad deshabitada. Pero no se crea que es un espectro, algo que se desvanece cambiando las luces o frotándose los ojos. Es tan imponente y sólido como la luna.

Los cadáveres vivos existen. Pueden ser mansos, acomodaticios, con una vida blanda como de gusano. Pueden ser espantosos e incluso eloquentes. Y, según los miréis, podréis sentirlos rodeados de vida, y extrañarlos de ella más que de la muerte; o en el umbral de un confuso temor de contaminación puede muy bien acometeros, como defensa natural del espíritu, una risa incontenible, capaz de malograr un pacto de grandes potencias, un instante cualquiera solemnísimos. Porque el cadáver vivo es, ante todo y fundamentalmente, cómico.

Pero el cadáver vivo puede embriagarse. ¡Y en plena embriaguez es a veces tan parecido a la juventud no cadavérica, sino realmente viva!

Sabemos muy poco de lo que sucede a un pájaro. Tal vez es necesario el estado de gracia más perfecto para entenderlo, como para entender, en general, la vida de un ser vivo, incluso para entendernos como seres vivos. El sentido dinámico no basta. Quizá perturba. Hay que estar muy quieto y reposar en gran pureza para sentir de cerca, o inmediatamente, esa pasiva libertad del vuelo o del deseo. Ahí es posible la risa como desprendimiento o gracia de la seriedad, de una seriedad inmanente; pero no la que suena en la trascendente oquedad de lo cómico.

Un cadáver vivo de león, si fuese concebible, sería tan inocente como el león, o sería un león mitológico, algo que pertenece al trasmundo de los leones, un león revelador, apocalíptico, que puede obedecer a un dios desnudo. El verdadero cadáver vivo, el de nuestro concepto, es un hombre. Un hombre que no lo es, y es lo terrible. ¿Puede llegar a suceder esto con un pueblo, que esté deshabitado como la luna y represente, no obstante, su papel?

—¿Su papel?

*

Es un espectro, una sombra del pasado, se dice de algunos pueblos. No es el peor síntoma. Quizá están pensando en todo o identificándose con su sombra antes de morir o de nacer desde más hondo.

Es una primera potencia, no sueña más que en ser una potencia de primer orden, se dice de otros. ¡Cuidado! Lo más probable, en primer lugar, es que no sueñan. Y podrían estar a punto de emigrar de sí, de ser abandonados por su alma y de quedar desiertos; con amplia gesticulación, pero desiertos, o tal vez *invadidos*.

A quien entienda un poco de teatro no le parecerán inverosímiles estas cosas. Y, sin duda, no serían hoy doctores en perplejidades a punto de caer en servilismo ilustre, algunos sabios, si, antes de ponerse en camino "hacia la vida", hubiesen consultado a los pájaros y a la poesía dramática.

¿Vamos a poner freno a la vida con la razón? Pero ¿quién ha dicho que la vida necesite freno y que el más adecuado sea la razón, si es que el destino de ésta puede ser *frenar*? El supuesto de tal relación dinámica entre vida y razón ha alterado tanto los quicios de la voluntad como la interpretación meramente impulsiva de lo vivo.

*

No sé si los poetas clásicos, aquéllos que florecieron en momentos felices del espíritu, en plenitud de tiempos o, como suele decirse, en madurez de cultura, usaban la medida y otros rigores del estilo para frenar la inspiración o para evitarle, con ingenio opresor, la dispersión de impulso fuera de madre. Me parece que no y que la madre no era entonces molde, sino madre, tan conciliada con el padre que no había arrebatos que pugnar por salirse de ella, inspiraciones desmandadas. Lo que sucede es que la virgen es rítmica y numérica como una tejedora, y también sagrada como debe serlo una danzarina, y de ahí venía el rigor de las canciones enteramente humanas, hijas de natural pureza y de conocimiento. Pureza y conocimiento creo que son los nombres confundidos, graciosamente identificados, no confusos, de lo antiguo. Cuando de eso vinieron frutos inteligibles y ejemplares, dignos de mover a imitación, se les llamó con mucho acierto clásicos; pero cuando

aquellas palabras, olvidado el secreto de su nupcialidad, fueron sustituidas por materia y forma, comenzó para el arte y para el alma la disciplina académica. ¡Cuánto más sabias eran en su íntimo alcance las prácticas ingenuas y a veces terribles de purificación, que aquellas disciplinas —no menos supersticiosamente impuestas— de la formalidad, que vinieron después. (En último análisis también la gramática es, o puede ser, una técnica purificadora mientras no es cosa de puristas descorazonados, sino cortesía —cuanto más rígida mejor— de corazones reverentes).

Este paradigma de la poesía es propio para ver lo acontecido a la razón: que se hizo de ella un personaje impositivo y separado, hasta tal punto que hubo un instante en que cundió la alarma, pues la razón, al parecer, estaba deshumanizándose. Es contraria a la vida, se llegó a decir. Y así comenzó la hinchazón del otro lado. Vida, vida, vida. Hasta deshumanizar la vida. La vida deshumanizada: tal podría ser el tema de nuestro tiempo.

Y así como lo clásico había terminado en razón escuálida, con gran imperio categórico sobre la vaciedad, lo romántico —cuando no fué purísima nostalgia de verdades vivas— vino a parar en simple encumbramiento de impulso, en rebelión del gesto.

Toda esta "crisis" de ida y vuelta, sin punto de reposo, proyectada en el plano de la vida social, no pasó inadvertida a los doctores. Pero en las formas tumultuosas y contradictorias del conflicto hallaron muchos de ellos razón para actitudes llenas de prestancia, pero ¡qué infecundas! Dábase la razón gran prisa en cargarse de razón para poder decir al fin alguna de estas cosas: "Me desentiendo de todo esto"; "Venga ya el más enfático a imponerse de una vez, y así podré vivir tranquila". O bien, insistiendo en aquello de materia y forma, y viendo ya como cosa cada vez más confusa y más informe la muchedumbre de intereses e ímpetus encontrados, vino a decirse: "Esto es enorme. Hay que normalizarlo, imponerle medida, cauce, porque se sale de madre —hay que entender molde— y puede ser la inundación universal. Lo que hace falta es un ingeniero. Uno, mejor que varios, pues así estará todo más centralizado".

¡Hasta qué extremo ha enflaquecido aquel principio clásico de la

unidad! El índice extendido del dictador vino a simbolizarla en ciertas mentes. Entendíamos bien aquellos homenajes discursivos de Paul Valéry a la rima y a la talla directa. Creíamos que hablaba de la purificación por el rigor y no esperábamos que la unidad de su "Variété" viniese a desenlazarse, al cabo de los años, en un preludio de razones que ha puesto a un libro sobre Salazar Oliveira.

*

¿No será que los dignos académicos ansían una perfecta división del trabajo, encomendando el pueblo a domadores, para entregarse ellos tranquilamente a las tareas del espíritu? ¡Las tareas del espíritu! ¿O será algo más triste todavía: un fúnebre abandono de toda responsabilidad?

*

Sin duda padecemos en su culminación las consecuencias de dos grandes errores: uno relativamente antiguo (podría decirse: ya "moderno" en la antigüedad), y otro de orígenes más cercanos. El primero ha sido enfrentar el espíritu con la vida como con algo *opuesto*. El segundo ha consistido en clasificar a los hombres, por signos de aptitud o por la profesión, en dos grupos: los que trabajan para vivir y los que se interesan por las cosas objetivamente, es decir, espiritualmente; llegando luego, por acomodación psicológica, a convertir los intereses del espíritu en intereses de clase.

Es indudable que la actitud objetiva, espiritual —no meramente reactiva— ante las cosas, es un signo decisivo de humanidad. Y es muy lozano y hondo el sentido del homenaje tributado a los héroes, a los que logran seguir siendo activos, espirituales, allí donde es fácil a cualquier voluntad enmarañarse en puras reacciones y equivocar la senda o las palabras.

Sea cualquiera la especie de sus dones, el héroe ama la gloria como confirmación de humanidad, pues quizá teme siempre, en la niñez de su alma, ser el mismísimo demonio. ¿Cómo no sosegar y ser feliz cuando ve acrecentada la fraternidad en torno suyo? Luego el valeroso, el inventor, el sabio, dejan una herencia de gloria, un honor para su pueblo y, singularmente, para los de su profesión. Hasta aquí no hay

equivoco. La salud es completa. El riesgo empieza, y puede terminar en gran catástrofe, cuando ciertas corporaciones que ostentan el valor y la espiritualidad como virtudes profesionales llegan a confundir las impulsiones nacidas de sus hábitos —y aún de sus intereses— con los más hondos resortes de la voluntad y del espíritu en proceso. Todo el tacto introspectivo es poco para evitarlo enteramente... Sólo el gran amor puede aquí mantener la rectitud de espíritu.

*

Cuando aquel gran retórico Primo de Rivera, molesto por sentirse en entredicho y vigilado irónicamente por los profesionales de la inteligencia y, sobre todo, de la inteligencia retórica, les motejó de “auto-intelectuales”, Unamuno le entendió muy bien y parodió la palabreja con otra de igual mestiza hechura: “¡autobrutos!”. Nunca se ha dado diálogo más simple entre un retórico de las armas, presuntuoso y arbitrista, y un poeta de las letras, hijo de España y de su lengua, sumido en la agonía de su filialidad; entre un condecorado, con pujos de patricio y mucho de padrazo, y un grande de España verdadero que buscaba caminos espirituales para ser padre de su patria (y no lo consiguió —¡o quizá sí!— porque entre pueblo y público se le trabó el juicio).

—¡Autointelectuales!

—¡Autobrutos!

*

La masa no es el pueblo, sino lo que hay de inerte y reactivo en cada uno, lo que hay de bruto. Pero no se olvide que el bruto, dócil al plan de su naturaleza, es inocente y que es, sin duda, una de las formas —no superiores ni inferiores, sino definitivas— de la gracia.

Quien sólo vea en bruto la suma de reacciones de una muchedumbre, carece de sentido histórico.

¿Rebelión de las masas? Si la rebelión es del pueblo es revelación, y si es de masas no es rebelión, sino cataclismo. Por miedo a la revelación del pueblo —miedo que sólo puede fundarse en olvido de filialidad o en desmedro y anemia de autoridad desarraigada— puede la inteligencia profesional poner sus luces o, más bien, sus esquemas, al

servicio de los organizadores de cataclismos. En tales ingenieros o domadores de masas suelen unirse el "autointelectual" y el "autobrujo" con deshumanizada compenetración. Basta ya de herejías. No siempre la espontaneidad colectiva ha de entenderse como reacción, pues hay el heroísmo colectivo y, en él, amplia comunidad de espíritu en recuerdo y designios: eso es el pueblo.

El pueblo es masa y es pueblo, es reactivo y activo como cada hijo de vecino en particular. ¿Y en qué consiste la virtud de un verdadero político —de un hombre apto para la "actividad práctica crítica" como diría Carlos Marx— sino en amar y conocer al pueblo y en darle confianza para que modere lo meramente reactivo y manifieste así lo histórico? ¿Y es esto humanamente posible sin que a la espontaneidad del acto se unan, como lianas inevitables, las sacudidas del reacto? No, no debe hacer tantos remilgos, si entiende la profunda espontaneidad histórica del pueblo español, aquel que, viéndose a sí mismo con sinceridad, haya tenido que reconocer alguna vez el tumulto de su alma encrespada; y no siempre el tumulto natural, las tempestades del instinto, sino el engreimiento. Y ahí es donde empieza el énfasis —de que a veces peca nuestro pueblo, pero usted, doctor, también— y la insubordinación de la máscara.

Y lo más deplorable es que los que habían asumido papel de gran serenidad y hacían desmesurada gala de mesura, hayan, algunos de ellos, terminado —o estén a punto de tal desafuero si Dios no los tiene de su mano— junto a los brutos engreídos que signan y blasonan su reacción con nombres sagrados y hacen mercadería del tesoro de España.

*

Los que olvidando las fuentes de la común herencia pierden hoy el respeto a la originalidad del alma y del ingenio, y se desmandan en la posesión de aquellos frutos que para ser gozados no exigen aunarse a las iniciativas creadoras, son los que, al parecer y deslindando equívocos, componen la masa rebelde para Ortega y Gasset.

Pero, aún deslindados, no hay que olvidar que los equívocos existen, y no son sólo producto de la complejidad del tema, sino principalmente de la perplejidad del filósofo.

Y es urgente dejar bien establecido que el pueblo no es eso. Nada

hay más popular que el pasmo, y aún adoración, ante los frutos del espíritu.

¿Qué es lo que, en último término sucede? Que los héroes buscadores de certeza están como hechizados por los profesores, o por su propia ciencia, cuando ya no les quedan más paradigmas que los profesionales y dan vueltas a la noria de la duda retórica. La responsabilidad del espíritu —hablamos ahora del don humano de entender, de “nuestro” espíritu— tiene su punto de partida en el amor a la certeza; y su victoria se cifra en acertar. Su victoria y su fértil imperio.

¡Amar la certeza! Hoy se prefiere decir fe, haciendo de la fe cosa de voluntad; y ya casi parece que se amase la fe como esfuerzo, deporte o dramático entretenimiento del alma. Se teme a la certeza más que a la duda; se la teme porque podría de golpe dejarnos desnudos, en niñez repentina; y también quizá, por profesionalismo, porque la duda da que hacer. ¡Pero, señor, la certeza también, y mucho más! Y, claro, el mejor signo de amor a lo cierto es dudar, dudar honrada y claramente, muy en lo cierto de la duda.

Y también reside en esto la responsabilidad del espíritu: en *querer*. ¿Y qué es lo que en verdad queréis? ¿Sólo respeto para el espíritu? Defender así la cultura y doctorarse de paso en mil desprecios, es exhibir solemnemente el cadáver de la cultura o escudarse con él.

*

Lo superior y lo inferior, la escala de valores... Nos parece que por esa escala, si los valores son puramente conceptuales, no se puede subir ni bajar por los declives del destino real. Ha de unírseles el amor, cuya seriedad es la ética. Y el amor no ama el bien contra el mal, la verdad contra el error, el orden contra el desorden, etc., sino que aquello en que seriamente se manifiesta —si es amor de dar— o aquello que lo mueve —si es de anhelar— es, ante el concepto, bueno; y aquello en que se confirma es verdadero.

Viajaba yo una vez con alguien a cuyo nombre no hallo ya sentido, y decíame él que los valores están unos sobre los otros, en orden de jerarquía racional, y que así como tres valen más que uno...

—¡Alto! —repuse—. Tú, partido en tres, no creo que valieses más que siendo uno entero; ni, tampoco, que ganes nada triplicándote, sino que te llevarías el gran susto. No vale que des la vuelta a la tesis y digas que te has equivocado y que es uno lo que vale más que tres, pues yo digo que tal estimación al uno te pondría en peligro de quedar tuerto.

—Esas son bromas —dijo—. No negarás que unas cosas valen más que otras y que, por tanto, pueden ordenarse según el rango de sus valores.

—Los valores —respondí— no sirven para ordenar las cosas por sus valores. Podremos quizá decir: esta flor es más bonita que ésta, o están en ella más conformes azar y necesidad con lo que nombra o balbucea para nuestros ojos; y la otra, pobrecilla, está oprimida o no acierta. Es, en cambio, muy aventurado decir que una flor es más bonita que un cordero o viceversa.

—De acuerdo, —asintió—, pero no negarás que la superioridad es superior a la inferioridad.

—¿Según qué escala? Mira... Aquel arbolillo fugaz, allí, en aquel ribazo... Ya pasó. ¿Es inferior o superior? Esa sombra de anochecer en que se ha recogido, ¿es superior o inferior?

Debo confesar que enmudeció honradamente y que estuvo algún tiempo ensimismado, sin hablar de valores, mientras yo, en cambio, pensaba de nuevo en ellos por otros caminos: Lo que más vale es el acierto de la obediencia profunda, ser de veras verdadero como aquel árbol, como aquel instante.

*

Resumen de un pensamiento de Max Scheller:

“Toda forma superior del ser es, con respecto a las inferiores, relativamente inerte, y no se realiza mediante sus propias fuerzas, sino mediante las fuerzas de las inferiores”. Y dado que el espíritu —*antagónico de la vida*— “no tiene por naturaleza ni de origen energía propia”, su papel es “presentar a las potencias impulsivas ciertas ideas”, y el de la voluntad “suministrar o sustraer a los impulsos —que necesitan existir de antemano— aquellas representaciones que puedan realizar en concreto dichas ideas”. Así el espíritu lucha por imponerse a la vida, no de frente, sino indirectamente. Max Scheller supone superada por

este concepto la "antítesis, que ha imperado durante tantos siglos, entre la explicación *teleológica* y la explicación *mecánica* de la realidad universal". "El teísmo se coloca erróneamente en el punto de partida". La entereza divina está al fin. "El antagonismo originario —en el ser que existe por sí mismo— entre el espíritu y el impulso" se resuelve *progresivamente* por la marcha del universo "hacia la mutua compenetración del espíritu —originariamente *impotente*— con el impulso —originariamente *demoníaco*, esto es, ciego para todas las ideas y valores espirituales".

¿Qué es lo que se entenebrece en el horizonte de mi ser; qué es lo que encuentra desolado un tal "progreso"? ¿Acaso el espíritu? ¿No se ve que es la vida? (Mas no la vida deshumanizada, sino la vida del hombre rodeada de muerte).

¡Impulso, ideas, conciliación progresiva! ¡Qué pavorosa máquina, última invención apasionada y aterida del hombre deshecho, para hacer un dios! Max Scheller era un sabio de corazón íntegro, y sin embargo... ¡En mal hora se ha nombrado el espíritu a sí mismo para quedarse yerto, cuando no errabundo fuera del destino!

*

En este instante, aquí en nuestra patria, ¡se cubren de sombra los ojos de tantos camaradas jóvenes! Entran a vivir en la muerte cada vez más grande de los que sobreviven. Y no se puede olvidar su rostro, sus canciones, y hasta, en algún momento, su miedo infantil. ¡Y luego su valor decisivo! ¿Quién podrá decirles "hijos míos" con íntegro y luminoso poder? Ellos, solos bajo las estrellas, sufren, sueñan, realizan la entereza del hombre. Sin doblez evidencian el ser victorioso de España, de la España virgen; esa entidad real evidenciada es por sí misma una victoria de prodigiosa magnitud, de esplendor inequívoco, y una premisa de diamante para la seriedad de espíritu que aún existe en Europa y en el mundo.

RAFAEL DIESTE

CAPACIDAD DE OLVIDO

No por lo que de pronto
levanta la cabeza
como el que sale de un sueño largo;
no por lo que ríela
como rayo furtivo
de luz mañanera
en un vaso de agua
y a la penumbra se proyecta
de una pared dormida aún;
no por lo que despunta como tajante aleta
de tiburón que hiende el haz
de la quietud marina, estofa tersa
rasgada por el corte
de una navaja negra:
mi dolor va perdido
y en la nada bracea
buscando el eco imperceptible,
la inexistente huella
de lo que fué y murió del todo.

Memoria, devanadera
de cabos sueltos, remendona
de infinitas piezas,
tú, cara fiel y corazón voluble,
devuélveme a la fuerza

lo que has triturado,
la estrella
que convertiste en nebulosa,
la ciudad que volviste selva,
y el aliento
que un instante empañó la vidriera,
y el pesar que ya no es ni halago,
y el placer que ya no es ni pena,
y la llamarada de odio
que no es ya ni chispa siquiera.
¿No resucitan de tu sepulcro
todos los muertos que entierras?
¿No ha de haber para todos un sábado de gloria?
¡Devuelve, devuelve tus presas!

Pero tú te callas,
ahita y avarienta,
y sólo das residuos, mondos huesos
para que los vistamos
de carne y de seda,
para que nos gocemos
con una limosna mezquina,
como si nos abrieras
tesoros de cuento de hadas,
minas de inagotable veta.
Y es tuyo lo mejor, aquello
que fué nuestra dicha perfecta
quizá, y lo fué tanto
que no supimos que lo era,
y hoy bastaría
para llenarnos la existencia
con aroma inmortal de limpia rosa...
Pero sólo nos dejas
lo que quieres tú, dura madre
que sus besos al hijo regatea.

LA PALABRA

¡Y yo he venido sólo
para decir esa palabra!
La escuché cien veces
en las horas más arduas
del día, cuando a otra parte
voz más urgente me llamaba.
Resonó en mi sueño
retumbando, solitaria,
como el mandato ineludible,
como la consigna sagrada.
Mis oídos dormidos la oyeron,
mi lengua dormida
ya casi la articulaba.
Pero ¿cómo la disolvían
las luces del alba?
¿Por qué caminos de la noche
de mí huyendo se extraviaba?
Si mis labios despiertos
iban a modularla
¿qué brisa volandera,
qué repentina ráfaga,
dejándome seca la boca,
pasando por la pizarra
de mi mente como una esponja
que lo escrito arrasa,
me dejó vacilante, mudo,
y otra vez con el ansia
de unir unas letras perdidas,
de seguir unas curvas borradas,
tendida al viento la mano
como quien busca el fantasma

de un vilano fugitivo,
como quien pretende un ala
detener?...

Palabra mía,
mi mensaje: tú vagas
en torno a mí, me tocas,
te alejas inasible,
y eres tú tan sola, tan clara,
mi razón de ser, y mi vida
tras tí corre, vuela, se arrastra,
por tí delira, por tí jura,
te implora, te manda,
porque yo sólo vine
para proferirte, y ya tardas
en cederme, y ya de tí dudo,
ya no sé si eres otra, si eres falsa,
si he perdido mi ruta,
si era yo el llamado a decirte,
palabra.

LÍNEA RECTA

¡Lo que pudo ser!
¡Lo que pudo ser... y no ha sido?
¿Cabe imaginar la curva
de otro destino?
La curva no, sus puntos huyen
el uno del otro: lo vivo
no es más que esta recta inflexible,
desde el primer vagido

frente a la luz del mundo abierto,
hasta el postrer suspiro.

Recta inflexible,
línea sin capricho.
Vista desde el extremo
¡qué seguro su trazo, qué limpio!
¿Y aquello era un recodo,
y aquello una revuelta del camino?
Sólo, al pasar, un árbol,
una fuente, un abrigo,
y la casa para siempre
sólo un albergue fugitivo,
y las caras, a un lado y otro,
de los amigos,
nada más que piedras miliars,
que raros hitos,
y el paso atrás imposible,
y el deseo de avance, continuo.
Deseo quizá sin deseo:
tirón jamás interrumpido
de un más allá, cada día más cerca,
siempre lejano, nunca indeciso...

¡Lo que pudo ser! ¿Y qué pudo
ser sino esto mismo?
Si otra cosa no la quisiste
aunque acariciaras fantasmas distintos;
si te bastaba tender la mano
y la retraías, tímido;
si en alta voz decías ¡quiero!
y decías ¡no quiero! en lo íntimo...
Inflexión de curva, sorpresa
de lo desconocido,
aprensiones de asechanza,

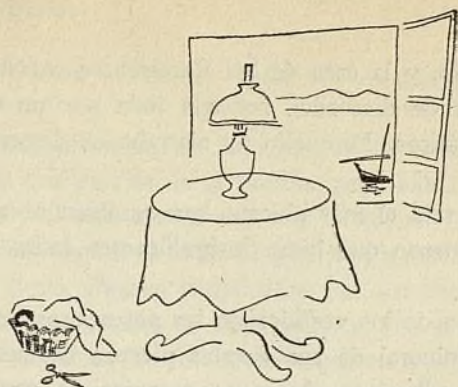
sabor acre de peligro,
todo imaginario, todo
de antemano previsto,
todo recta sin accidente...
Y a un mandato eterno sumiso
fuiste inconsciente, ciego,
como un hombre altivo
con su conciencia, con su libertad,
con su albedrío,
con todo lo que te ilusionaba
como sus juguetes al niño.

CERTIDUMBRE

¿Pasaste y no te ví? ¿llegaste y pude
gozarte plenamente? ¿o no has venido?
¿te ocultas todavía en un severo
repliegue de los años, y eres sólo
resplandor otoñal, soplo de un día
sin accidente, anunciación, recuerdo?
¿o tal vez el impulso fugitivo
con que la pluma en el papel se mueve
y hace brotar una palabra, una
que nada dice a los demás y es todo
para mí, noche y día, cielo y tierra,
total renuncia y ambición sin freno?
¿eres cuerpo real o apenas sombra?
¿proyección de mí mismo? ¿repentina
percepción de la nada o voz secreta,
confuso llamamiento reiterado
que en vano acecho aún por los caminos

del aire, o ya sonó y estuve sordo?
¿qué reloj en el tiempo te señala?
¿qué lugar te concreta en el espacio?
Mas no temo que faltes a la cita
ni que falle el momento en que una sola
verdad anhelo y meta al cabo formen.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO



LA CASA DE LOS RAMÍREZ

La casa de los Ramírez, en Rianso, era más bien pequeña y sombría, pero tenía al fondo un hermoso comedor, una amplia galería de cristales que se adelantaba en dirección al mar y daba vista a un paisaje sereno de las rías gallegas, bello y evocador. En esta habitación con sus retratos en los que se fijaba la imagen de una vida ya desaparecida, con el piano de viejas melodías que arrancaban el eco de una historia antigua, parecía a veces crecer un presagio de algo añorado. Era éste, sin duda, el lugar apropiado para que se encerrase allí la extraña vida, sencilla y arbitraria, casi extravagante, de la familia Ramírez. La galería de que hablamos era una cámara de luz, pero evocaba ante todo la sombra.

En frente se elevaba el monte Pando, áspero y brumoso, en el que se decía había aún potros salvajes, y al pie de los ventanales, que el sol de la tarde hacía rojos o dorados, se extendía un brazo tranquilo de la ría por donde se deslizaban, perezosas y cándidas, las barcas con sus velas como un sueño. Más cerca, en un estrecho trozo de playa, dilatado en indecisa turbiedad cuando la baja marea, las pescadoras, serenas a veces, pero en general airadas, vendían su mercancía. Entre ellas era

frecuente el vocerío, y la casa de los Ramírez se encontraba a menudo envuelta en rumor de discordia, rodeada toda por un círculo de vidas crispadas y enigmáticas. Pero ello no alteraba el silencio que dominaba este lugar.

A un lado se veía el mar abierto, que también se adivinaba tras el monte, el mar inmenso que hacía insignificantes todas las querellas de la tierra.

El gris o negro de los vestidos de las pescadoras acariciaba el color moreno, casi ya mineral de sus fuertes piernas desnudas, a las cuales algunas veces se adherían relucientes escamas de pescado. Sobre los hombros llevaban una pañoleta de suave color crema o rosa que era en ellas como la voz tierna de la vida, como una canción de esperanza entonada en el melancólico paisaje.

El tiempo suele allí ser nuboso, aunque el cielo quede claro sin embargo, y la luz que entonces penetra por los ventanales inundando la galería es sin duda la que mejor corresponde a este lugar incomparable, así como también el reflejo de las aguas mortecinas.

En el reposo de los objetos mudos en los estantes —el barco diminuto o la pastoril porcelana— percibíase como un aliento de años ya difuntos y en el aire de la habitación entera un oculto latido. Allí vive una ilusión perdida, una visión tras el blanquísimo velo, tras el silencio aparente que envuelve las cosas.

Quizás los barcos que se alejan, el vuelo de las gaviotas o una rama caída, dicen siempre una promesa, pero esta voz no la oyen todos, sino tan sólo los niños y quizás los enamorados o los poetas. Los Ramírez, en cambio, tal vez por haberse extasiado durante tres siglos en la contemplación de ese inquietante panorama, llevaban ya casi en la sangre el secreto de la ría dormida, y esto era probablemente lo que explicaba ciertos rasgos dominantes en el carácter de la familia. Eran todos una mecla de bohemios y gatos caseros, aficionados a lo exotérico, cultivadores de lo lírico, de lo hondamente sentimental. Hasta doña Clotilde, la anciana esposa del mayor de los Ramírez, el actual dueño de la casa, que habitaba allí desde hacía cuarenta años, contemplaba ahora muchas veces el mar, absorbida en confusos pensamientos, y aunque ella creía luego que había pensado tan sólo en sus hijos, dispersos por tierras de

América, al otro lado del charco, todos sabían que esto no era completamente cierto.

Rafael, el más joven de los Ramírez, había salido también a América, cumpliendo con un rito de la familia, pero había vuelto pronto. Era el más bohemio y el más casero a la vez de todos ellos, el más inquieto y apasionado. Era, según yo creo, el más inteligente y hasta algo poeta, como el mismo decía. Pasaba temporadas con sus padres y allí vivía encantado dentro de su prisión de mar y nubes. Sus amigos de Madrid le decían al verle marchar, envidiándole vagamente: "Allí si que estarás tranquilo..." Y él sonreía extrañamente. Allí vivía en carne viva. Entre la exaltación y un reposado misterio, para decirlo con sus propias palabras.

En las tardes solitarias una honda mirada descubría el más íntimo secreto de la vida, un oculto rayo siempre inaccesible, cuyo presentimiento dominaba a cualquier otra impresión, pero al corazón llegaba también la voz distinta, tremenda, de *lo otro*, la voz lenta de la nada, ese abismo tras el monte que incitaba, que llamaba angustiosamente: era el fondo del mar, guardador de los secretos. Entre ambos polos, opuestos y distantes, que se alejaban para dar al espíritu una apariencia de reposo, estaba el alma quieta, la casa de los Ramírez, el comedor famoso de cristales, cerca del *Finis Terræ*, tranquilo, con esa tranquilidad propia de los lugares, propia de las personas, en las que el olvido es sólo fingimiento, superficie.

*

Cuando llegaba Rafael de sus correrías por Madrid o por otros puntos de España a encerrar en la casa donde pasó su niñez o en las calles románticas de su aldea marina, el fracaso de sus no muy decididas ambiciones, lo mismo que cuando algún otro año llegaba de la América lejana uno de los hermanos mayores, diplomático o comerciante, grueso y extraño, sonriente y nostálgico, venían por el mismo camino, el único que en realidad había para llegar hasta Rianso. Venían en el tren de Vigo parando en Villarosa, y allí, a la sombra de los eucaliptus, junto al río o en un pobre mesón, esperaban el coche destartado que en tres cuartos de hora los llevaba al bello lugar amado.

En la plaza de Rianso donde el coche paraba cada tarde, solía verse

a don Nicolás, el viejo Ramírez de rostro noble y severo, con su fina barba blanca y su bastón, esperando dignamente, desde cuatro o cinco días antes de lo oportuno la llegada de alguno de sus hijos. Según ciertos cálculos, que él mismo se encargaba de hacer, podía creerse, sin embargo, que ese era el día apropiado para la espera. Comprobado lo erróneo de su suposición, regresaba calladamente a su casa don Nicolás, donde le esperaba su esposa, la buena doña Clotilde, con disimulada impaciencia; aunque bien sabía ella que ese día regresaría solo de la plaza su marido y que serían inútiles, por tanto, las precauciones que ella misma había adoptado para, al caso de que la sorpresa se produjese, no encontrarse completamente desprevenidos.

Desde la plaza de Rianso, de arcos blancos, de manchas verdes y azules, podían verse las aguas de la ría por encima de algunos tejados con sólo asomarse al balcón de un primer piso. Era este un espectáculo curioso que desde niño llamó su atención, decía don Nicolás. De la misma plaza arrancaba la calle estrecha y silenciosa, bien empedrada, en la que se encontraban casas solariegas; la última de ellas era la de los Ramírez, de aspecto humilde y sencillo por fuera, con su viejo y simple escudo heráldico sobre la piedra dorada de los cuentos. Se subía por una estrecha escalerilla y pasando un corredor se llegaba luego a la galería de cristales.

Doña Clotilde, que ya por los pasos que había escuchado sabía con exactitud quien venía por la escalera y que había cortado por tanto con el fino hilo de sus esperanzas, mantenido todo el día, miró sin embargo por un instante, ávidamente, a su marido cuando lo vió aparecer solo por la puerta. Parecía querer preguntarle algo, pero entre ellos las palabras posibles eran muy pocas, y más si se referían a algo que afectaba profundamente a ambos; en este caso hablaban por monosílabos en donde se reflejaba toda su emoción contenida y con frases vagas y disimuladas. Esta vez doña Clotilde se limitó simplemente a suspirar. Aunque aun no habíase cumplido el plazo que Rafael señalaba para su posible llegada, el motivo de inquietud era ahora más fundado que otras veces. Los terribles sucesos políticos que desde hacía un mes ensangrentaban a España y que habían sido ya la causa del primer retraso en la llegada del hijo, hacían temerlo todo y daban al incidente más na-

tural un matiz de terrible inquietud, y convertían las esperas en presagios de espantosos peligros acechantes. La vida de los Ramírez, aunque afectada hasta ahora tan sólo desde fuera, habíase trastornado mucho con los acontecimientos que absorbían completamente la atención del país. No sabía exactamente el viejo matrimonio lo que sucedía, ni que era lo que ellos podían temer; pero lo que pasaba era espantoso, esto era lo que realmente sabían.

—¿Podrá pasarle algo? — exclamó de pronto doña Clotilde, pronunciando al fin la palabra inútil, esa que late en el aire y al recogerla produce alivio al corazón. Y sus oyentes, don Nicolás y don José, el viejo maestro amigo de la casa, que también esperaba la llegada de Rafael, levantaron la cabeza hacia ella como disponiéndose a resolver ese enigma que parecía haberse planteado con la pregunta explyada por doña Clotilde.

Don José era un hombre de unos cincuenta años, rasurado, y cortés, enamorado de las ciencias, algo filósofo. Había sido el maestro de Rafael hasta que éste salió para ir a América, y más que maestro había sido su verdadero amigo, el compañero que despertó su alma, llevándola hasta los lugares cumbres del asombro. Siempre que él llegaba charlaban mucho, aunque ahora ya, ante su antiguo discípulo, todo vivacidad e inteligencia, sentía rubor de su saber caduca y precaria. Ahora era más bien don José discípulo del espíritu apasionado y purísimo de Rafael, y le esperaba cada año como el que espera una lluvia de ilusiones y recuerdos, de fantasías y proyectos; de audaces empresas para el espíritu. —El siempre fué bueno y considerado con todos... — dijo don José, como hablando para sí, valorando el peso de estas razones, pero poco seguro de que fueran escuchadas por ellos. —¡Son tan canallas! — exclamó luego, ya en tono distinto, como conclusión de su anterior alegato. Comprendía que con ellos eran inútiles las razones. —¡Ay, Dios mío! — suspiraba doña Clotilde.

La tarde caía ya y la última luz que entraba por los ventanales traía el recuerdo de días más felices, de brindis, fiestas y alegrías que superaban a las penas, pero también el rumor de algo tremendo que pasaba, un sordo crimen oculto por el campo o en las aguas que pegaba a los cristales su faz horrible.

Don Nicolás, sentado frente a don José, aun no había abandonado su bastón y lo hacía girar mientras contemplaba el mundo de unas rayas insignificantes en el suelo de madera. — ¡Son traidores, mezquinos, canallas! — murmuró de pronto entre dientes, asombrando a su esposa. — ¡Traidores sobre todo!, — y esto era lo que más indignaba al bueno de don Nicolás. — ¡Cuánto crimen, Dios mío, cuánto crimen! Y, ¿para qué? — agregó, pasado un rato.

Se hizo un pesado silencio. “¿Para qué?”, quedaba suspendido en el aire. Y don José recordaba sus avutardas, su Astronomía, sus libros de estampas, sus lecciones y experimentos a la luz de una lámpara hogareña. Le gustaba el riesgo, salirse a veces fuera de los límites de lo natural y previsible y perderse en consideraciones filosóficas llevadas al último extremo. Pero todo ello, ¿para qué?. Le gustaba discutir con Rafael, mirando a las estrellas, sobre el destino del hombre. Recordaba también sus conocimientos de las flores y de los animales y plantas marinos, y se decía: ¿para qué? Ahora una fuerza brutal destruía el castillo de todas las ilusiones; en nada se podía pensar sino en el sacrificio de tantas vidas inocentes.

— ¿Y si le escribiésemos que no venga? — dijo inesperadamente doña Clotilde cortando el silencio con una frase decidida. Y miró fijamente primero a su esposo y luego a don José, como para realzar más así lo audaz de su propuesta. Pero ellos, preocupados por sus propios pensamientos y sin estimar la importancia de lo que indicó doña Clotilde, sólo respondieron, sin apenas levantar la cabeza, con un gesto que nada quería decir. Unicamente don José, por cortesía, exclamó: — ¡Quién sabe, quién sabe donde estaría mejor! — Muchos hay, donde ahora está, que le conocen y no le quieren bien, — agregó don Nicolás sentenciosamente. — ¡Ay, Dios mío! — suspiró de nuevo doña Clotilde.

Otra vez el silencio denso hablaba tristemente al corazón llenándolo de amargura. Todos pensaban en el hijo querido, amenazado, cuya ausencia en estos instantes era casi la muerte. Ahora sentían como nunca lo que Rafael era para la casa, para sus viejos padres. Era el aliento, la expresión externa y libre del misterio allí encerrado. El llevaba y esparcía por el mundo los secretos cordiales recogidos durante los meses que permanecía en la aldea. De esta propiedad de palomas mensajeras

participaban indudablemente todos los miembros de la familia: el altivo y extravagante Arturo, con su pipa de lord inglés y su alta consideración entre la sociedad y la intelectualidad americana, y lo mismo Antonio, el comerciante optimista y emprendedor, y hasta Luis, bohemio y perdido por no se sabía donde. Todos llevaban el rincón en el cual habían nacido dentro del alma: la ría, los buques, el monte y las tardes lentas y húmedas de sol poniente; todos conocían la emoción de ese idilio repetido de las figurillas de porcelana, monótonas sobre el estante; todos sabían la atracción del íntimo comedor de su casa en Rianso, y allí donde se encontraban lo recordaban siempre. Ellos, en cambio, traían de fuera el asombro de un traje, prendas de colores imprevisos, objetos útiles o superfluos, desconocidos, y unas maletas extrañas de etiquetas múltiples que hablaban de estaciones, de prisas en lugares remotos por los cuales ellos habían pasado con naturalidad y donde habían tal vez reposado. Este rincón de Rianso, tan íntimo, era universalizado por ellos. Todos llevaban y traían algo. Pero este intercambio con ninguno era tan vivo ni tan intenso como con Rafael. Los otros hermanos se olvidaban tal vez por el camino, añoraban vagamente; Rafael no, Rafael vivía para el culto del enigma. El círculo se cerraba en él con fuerza extraordinaria. El era la conciencia del lugar, y quizás por eso don Nicolás, el viejo, que venía a representar la esencia, entraba siempre en conflicto con su hijo, aunque éste era más apariencia que realidad. Don Nicolás era conservador a su modo, un viejo liberal en el fondo. Discutían mucho padre e hijo, pero sólo por fórmula. Rafael, en cuanto salía de su casa, la recordaba siempre: sus padres y las ideas que en torno a ellos flotaban; recordaba el mundo por él entrevisto como ejemplo de lealtad y de profunda armonía. Los recuerdos infantiles, las vivas preguntas de entonces, siempre renovadas en aquel lugar, eran para él clave de la verdad, de la perennidad del espíritu, del porvenir del hombre. Y don Nicolás o don José creían sólo en Rafael. Sin saberlo se dejaban influir por él notablemente. Don Nicolás había llegado a decir que, a su modo, él era también un comunista; y don José veía cada vez más limitado el campo de la ciencia natural mientras crecía su entusiasmo por las verdades amplias, poéticas, en las cuales comprendía que aún no había dado sino los primeros pasos. La madre,

doña Clotilde, que entre bromas amonestaba a su hijo por su falta de constancia o de capacidad para alcanzar un empleo brillante y productivo, creía sin embargo de un modo cordial, intuitivo, en su hijo. Por él había dejado de ir a misa sin que en ello influyese directamente Rafael. Era curioso escuchar las razones que ella daba cuando hablaba de ésto. No había dejado de creer, no. Pero en la iglesia se hacía un culto a la muerte y ella creía ante todo en él, en su hijo, que era el genio creador, era esperanza y alegría, era la vida. Dios se había hecho para ella algo más íntimo y verdadero, más luminoso que antes, cuando pasaba horas en los siniestros bancos de la iglesia alumbrada tan sólo por la luz oscilante de unos cirios.

*

Habían pasado varios días y Rafael no llegaba, aunque ya estaban todos más tranquilos, pues habían tenido noticias suyas. Una carta muy vaga, cierto es, en la que sólo decía que se encontraba bien y no fijaba fecha para su llegada.

Mientras tanto, el pueblo estaba invadido por una ola de terror. Cada noche seis o siete infelices eran sacados de la prisión o de sus casas para ser asesinados por los civiles y falangistas.

Don José pasaba las noches en compañía de don Nicolás y de doña Clotilde en el comedor que daba vista a la ría, ahora siempre envuelta en un manto de luto. A través de los cristales se veían luces asesinas, siniestras y silenciosas, desfilando por la otra orilla. Rasgando el silencio contenido llegaban luego gritos ahogados, lamentos horribles, llantos que se hundían en el corazón. Y más tarde el silencio de muerte, el silencio absoluto de lo irremediable. El agua aparecía tranquila, brillante bajo la luna, ocultando ese fondo oscuro que encerraba los gritos. La calma era espantosa, y don José y don Nicolás se retorcían las manos angustiados, siniestros, mientras doña Clotilde lloraba sin descanso. A la mañana siguiente el paisaje tenía su aspecto habitual y en nada se percibía claramente lo sucedido, pero una voz que no podía engañar decía que el crimen estaba allí escondido, pálido, manchando el aire, perturbando con su huella venenosa la paz serena del lugar. ¡Oh, ya no servían las antiguas sutilezas que antes se aplicaban al paisaje tan ama-

ble! ¡Todo se borraba ante la bárbara realidad de la muerte alevosa que helaba la sangre, que dejaba el cielo indiferente!

Don Nicolás se asombraba de sí mismo. Ya no era el que fué. No tenía libertad para ser lo que había sido ni aun en lo más íntimo de su conciencia. No sabía qué pensar. Sólo morir o matar podía salvarle. Ya no tenía ese gracioso albedrío de otros días que le permitía, de pronto, ir hacia el piano y arrancarle unas notas insospechadas, mientras preparaban la mesa, y aún durante la comida, interrumpiendo ésta caprichosamente. Ya no podía pasear a lo largo de la playa ni llegar hasta ese rincón que él conocía, encharcado, de hermosos reflejos, esa diminuta ría cubierta de ramaje donde reposaban barcas muertas y troncos de árbol como en un nido. Ahora paseaba por la habitación solo, con las manos atrás, y se veía a sí mismo como un hidalgo prisionero, entristecido, próximo a morir. Don José, mientras, cavilaba receloso y se perdía en meditaciones y preguntas estrambóticas: "Para qué sirve una avutarda disecada?", llegó a exclamar un día en voz alta, paralizando a don Nicolás, a quien iba dirigida la pregunta. Este, naturalmente, no contestó nada y continuó, cabizbajo, sus paseos. Sólo más tarde dijo a su vez, como haciéndose un amargo reproche: "Mientras nosotros perdemos el tiempo en quebraderos de cabeza y en no sé qué ilusiones que no llegarán nunca, ellos se han organizado para asesinarlos a todos". Don José se quedó prendido en aquello de "que no llegarán nunca". Y dando vueltas en su mente a la frase, su rostro se iluminaba. No, él tenía fe; las ilusiones están ahí, vivas, llegan siempre; y afirmaba para sí, estoico y sublime, su confianza en el futuro. Y una figura apasionada, de cálida voz, parecía entonces dibujarse en el aire.

Un día, inesperadamente, apareció Rafael en el comedor de su casa de Rianso. Llegaba demudado, extraño, con aire remoto; en la mano traía un pequeño maletín. Al entrar se quedó como perdido en el umbral de la puerta y sonreía a sus padres, forzado y misterioso, como desde otro planeta. Doña Clotilde se abalanzó hacia su hijo y entre llantos y caricias le expresaba su alegría, pero él permanecía enigmático y distante, aunque emocionado y a punto de romper en llanto. El padre pugnaba por permanecer sereno; sus lágrimas escondidas eran como una lluvia que cayese suave y tristemente en el monte dorado de los robles.

—¿Cómo has venido? ¿Qué hay por allí? ¡Ay, hijo, qué pena, qué horror, qué horror! — decía la madre como loca. —¿Te han amenazado, hijo? ¿Te ha sucedido algo?. Pero Rafael no contestaba, esquivaba las preguntas, se esforzaba en tranquilizar a sus padres con medias palabras sonámbulas y resignadas. —Rafael, — dijo la madre, de pronto, mirándole a los ojos — ¿no habrás hecho mal en venir? —¡No pases cuidado, madre, no pases cuidado! — decía Rafael, deseando que cesase ya la escena. —¡Son tan malos, tan malos! ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Cuánto crimen! —Y todos hechos por los ociosos — agregó don Nicoás. —¡Ay, Dios mío, aquí, donde nunca había pasado nada! — dijo doña Clotilde lamentándose. —No salgas, eh, hijo, tú no salgas. — Y le acariciaba, ahora ya más serena, confiada al parecer en el resultado de esta decisión.

Luego hablaron mucho ordenada, desordenadamente. Y llegó más tarde don José, trastornado, con lágrimas en los ojos, grave como si asistiese a un funeral. Supo pronto Rafael que sus mejores amigos de infancia, marineros, estudiantes, alegres muchachos, habían muerto todos. Y él habló de la vida en Santiago y en Vigo, dramática bajo el peso de la represión fascista. Aquello era el crimen envuelto en la charanga. Le indignaba, le producía asco ese mal teatro con que encubrían sus gestos vulgares, esa vana hinchazón y retórica, sus uniformes dorados, las medallas, desfiles y palabras altisonantes que encerraban tan sólo miseria y crimen, crueldad, mentira. Sobre todo mentira. Falsos, ésta era la palabra que mejor podía expresar lo que ellos eran. Falsos y canallas.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? — preguntaba vanamente doña Clotilde, llena de terror. Todos callaban. —Nada se puede hacer — respondió don Nicolás al cabo de un rato, como contestándose a sí mismo. —Esperar sólo — agregó. —Y ser dignos — y dió a estas últimas palabras un especial sentido de conminación. —Sí, eso es — dijo Rafael como hablando para sí, dejando escurrir las sílabas lentamente—: ser dignos. —Y sostener la verdad con valentía, sin humillarse nunca a ellos; es lo menos que podemos hacer por todos nuestros amigos muertos, asesinados. —La verdad les hiere — insinuó don José. —La verdad los mata — dijo Rafael, con una sonrisa de ironía, pero exaltado

y profético al mismo tiempo. —Ha de matarlos a ellos nuestra verdad — continuó apasionado — y sólo cuando ellos mueran nacerán sobre la tierra otros hombres más felices.— Todos guardaron silencio y permanecieron graves, abstraídos. Entre ellos parecía danzar, oscura, la muerte, testigo único del pacto que acababan de hacer. En el fondo de su alma, aun con dolor, se disponía cada uno de ellos a cumplirlo, a sacrificarse, aunque no sabían exactamente qué era lo que, implícitamente, habían prometido ni cuál sería su sacrificio.

Rafael pasó aquella noche en vela. Desde su cuarto escuchaba, lúgubre y suave, el batir de las olas sobre la playa. La muerte se acercaba hasta sus pies y se alejaba luego cortés y compungida, riendo quizá, envuelta entre las aguas negras, entre los pulpos, junto a unos ojos monstruosos, como un espíritu sutil aprisionado.

Al día siguiente Rafael se dispuso a salir para dar una vuelta por el pueblo. La madre le observó con inquietud y le dirigió por último una mirada que era una súplica, mas sin atreverse a decirle nada. Rafael, después de besar a su madre, abandonó la casa, no dándose por enterado de sus temores.

Por la estrecha calle de los Caballeros se dirigió hasta la plaza. La gente que encontraba a su paso le saludaba tímida y disimulada, aparentando no sorprenderse de su presencia allí y esquivando el pararse a hablar con él, siquiera fuese por un segundo. Entró en la taberna de la plaza, en la que habitualmente se reunían los marineros y todos cuantos gustaban antes del contacto con ellos. Rafael era allí muy conocido, había pasado en la taberna muchos horas de su juventud, bebiendo y charlando con sus amigos, escuchando narraciones y leyendas siniestras o risueñas en las que algunos viejos marineros, algo perturbados al decir de todos, creían firmemente; mientras otros las escuchaban simplemente sin expresar su opinión sobre ellas. Le saludaron con frialdad y sólo alguno con una sonrisa cordial de simpatía, pero lejana y comprimida, como llena de temor. En la taberna se encontraba también algún individuo de los que meses antes no hubiesen osado pisarla, que le observaba con disimulo y reserva, sonriendo de un modo macabro y estúpido; otros, sencillamente, prefirieron no verle, avergonzados, y salieron de la taberna. De sus buenos amigos de antes no halló ninguno.

Esto no podía sorprenderle, pues sabía bien que habían sido asesinados, pero allí su falta era material, imposible casi. Rafael los veía risueños y optimistas, en otro lado. El médico de la aldea cercana, inteligente y cordial, demócrata de siempre. Su íntimo amigo Mariano, aficionado a la música, compositor fracasado, perdido en sus amores y en sus problemas imposibles, bueno como nadie; con él compartió Rafael sus años primeros en el pueblo, llenos de esperanzas. Y Sixto, pequeño y activo, alma de los Sindicatos, valiente, ingenuo como un niño, admirador suyo y fiel amigo. Y Urbano, inmigrante, recio, noble, progresivo. Y Juan y Santos, los marineros infantiles y fuertes, que le escuchaban siempre con fervor, y él a ellos con cariño, con fe ilimitada; los dos, colosos, tiernos, habían muerto también. Miró a su alrededor vacío y a la plaza ahora casi desierta, aterrorizada, y salió de la taberna; salió a perderse, tirando antes sobre la mesa una moneda.

Empezó a dar vueltas por callejuelas. Y se encontró, de pronto, al borde del cementerio. El cementerio estaba sobre una colina, al lado del pueblo. Desde él, a través de las cruces, se veía la ancha ría como un vientre, y su desembocadura en el mar de los prodigios; y al pensamiento acudía inmediatamente la idea de partir, de abandonar por aquella puerta de columnas el rincón bellissimo, su aldea ahora mancillada.

Recordaba la procesión que cuando él era niño se hacía cada año el día de difuntos desde la iglesia al cementerio, y recordaba el coro de plañideras que escarbaban en la tierra y extrayendo unos huesos los elevaban al cielo, besándolos, entre llantos y gritos de dolor. En esos huesos desenterrados besaban todos a todos los muertos, a todos los antepasados, a sus propios huesos quizá. Era una vieja costumbre del pueblo, pagana y grandiosa, que hacía algunos años ya no tenía lugar, pero él, ahora, en su pensamiento y en el corazón, besaba, sí, y elevaba los huesos de sus muertos como homenaje, como ofrenda a un porvenir que llegaría tras el sacrificio de estas víctimas amadas.

Luego descendió en dirección al pueblo hasta llegar a una pequeña plazuela que siempre le había subyugado. Era casi circular, verde, silenciosa. Desde allí partían dos estrechas callejuelas que, en acentuada pendiente iban a dar a los acantilados. La plaza tenía unos escalones siempre cubiertos de musgo, que también salía entre las piedras y bro-

taba sobre ellas, dando un especial carácter a la plaza esta abundancia de verdor. Las casas reposadas, marineras, con sus pisos saledizos y sus ventanas rectangulares pintadas de azul o verde, eran líricos observatorios de grandeza, de extensión de mares, desde su pequeñez íntima y curiosa. Estas casas de la plaza recordaban la imagen de una casa medieval vista en una miniatura, infantil y tierna; pero todo era aquí realidad. Ya abandonaba Rafael este lugar cuando, al volverse, se encontró con que llenando el marco de una ventana azul que tenía frente a sí, una muchachita enlutada le sonreía tristemente, recordando tal vez su propia sonrisa de otro año, dirigida a él mismo, cuando era feliz. Rafael saludó risueño y conmovido, sintiéndose al borde de algo excepcional, pero al fin se marchó con el corazón oprimido.

Ahora iba por la carretera que bordea al pueblo en la parte baja, a pocos metros de altura sobre el agua de la ría, contenida por un muro. Este paseo era también muy conocido por él. La ría antes de hacerse profunda dejaba una franja paralela a la dirección que seguía la carretera cubierta tan sólo por una delgada capa de agua, y así, al marchar, veía Rafael las vetas verdes, rosadas y malvas del fondo de la ría, rayas en la piedra cubierta por floraciones formando graciosos dibujos de matices finísimos. Entonces recordaba sus descubrimientos de otros días, siguiendo esas mismas piedras. Iba a los acantilados que bajaban en rápida pendiente hasta la arena sapicada de rocas. Cuando bajaba la marea, una zona de más de cien metros, antes cubierta por varios palmos de agua, quedaba entonces al descubierto. Pero entre las rocas había hoyos profundos que quedaban siempre llenos de agua, aunque ésta se retirase de la superficie. Rara era la persona que haciendo un peligroso descenso por entre los agudos picos de las rocas llegaba hasta esa playa salvaje, así es que estos lugares conservaban toda su fuerza primitiva, todo su recóndito encanto. Las paredes de la roca sumergidas en el agua estaban cubiertas de pólipos y extrañas plantas, de moluscos y de peces. En un orificio, dentro de un hoyo que él sabía, se escondía un pulpo. Rafael gustaba de hacer una experiencia impresionante: se arrodillaba junto al diminuto lago de agua serena y contemplaba primero el cielo, las nubes reflejadas en la suave capa de agua de la superficie; vagamente distinguía ya, tras esa calma, el mundo submarino brillante en su

noche, aparentemente dormido. Acercaba luego su cara hasta tocar con sus hojos en el agua y aun hasta introducirlos dentro de ella, ya el mundo que entonces descubría era realmente de maravilla. Ante todo le fascinaba la multiplicidad de colores delicados e imprevistos y de extrañas formas allí ocultas. Luego apreciaba los lentos movimientos de los animales adheridos a la roca y el vivo resplandor de unas hojas, y percibía también el agujero donde se escondía el pulpo con sus ojos siniestros, la cueva del rey de ese lugar sereno por horror, tranquilo y bello como la muerte; en el fondo del hoyo, sobre la arena limpiísima, dormían conchas nacaradas, quietas, restos de moluscos que el pulpo había devorado. Todo allí respiraba y se movía imperceptiblemente. Pasaban ligeros y sutiles los peces, como dormidos a veces en medio de su prisa. Rafael, ante este espectáculo, se sentía llamado a un mundo subterráneo, al fondo de ese lugar dominado por el terror lento y silencioso, por la belleza indefinible de un mal suave, lejano, como visto a través de una gasa; horrible y voraz como el instinto de esos bichos marinos de largas patas que allí se escondían; horror rígido, solidificado como el caparazón de otros animales del mar. Luego levantaba al fin su cabeza, sacudiéndola, y se asombraba de la luz pura del sol y de las nubes serenas o presas de un arrebato celeste. Comprendía entonces que tras la superficie descuidada de la vida, con sus juegos y sus bellezas, con sus muertes inocentes, desapariciones más bien, estaba el mundo del abismo, el mundo donde el mal y el crimen, todo lo monstruoso, tiene allí su origen. Era un fondo devorador, disimulado, muy cerca de nosotros. Ahora Rafael recordaba su visión de entonces y se obsedía con estos recuerdos.

El secreto de los mares tenebrosos había ascendido hasta dominar al pueblo. Todo sería absorbido por la muerte. Sólo dentro, ya allí sumergidos, el terror parecería el reposo y el pálido cadáver lenta belleza. Esta impresión poseía por entero su espíritu. Andaba ciego y mudo por la carretera sin escuchar otros rumores que los que llevaba dentro de sí mismo, los que se desprendían del mar.

Recordaba su comedor y la lucha allí latente entre el principio de la perennidad, entre la vida y la voz oscura que subía del agua, que llegaba del monte. Ahora la voz se había desbordado, dominándolo todo.

Pero era otro mal más bárbaro y más fuerte, más real, el que ahora poseía a Rianso, era la muerte, el crimen que ascendía por las paredes rompiendo toda posibilidad de armonía. Ya no existía equilibrio entre las dos fuerzas, entre los dos genios eternos en lucha. Ahora Rianso estaba ya vencido. Eran tan sólo los civiles y los falangistas, una caricatura del mal, sí, la nada; pero eran la muerte. Eran fantasmas disfrazados risiblemente, fantasmas ebrios, estúpidos, seres vulgares vestidos de máscara; pero asesinaban con crueldad. Habían destruido la paz de su aldea, el sueño y la poesía que allí antes anidaban.

*

Una noche que Rafael desde su cama escuchaba el rítmico batir del mar en la resaca, el ruido del agua que arrastraba los guijos, oyó de pronto llamar bruscamente a la puerta que daba a la calle. No le extrañó esto nada. Al contrario. Sin haber pensado muchas veces en la posibilidad de esta contingencia, la esperaba sin embargo desde su llegada al pueblo. —“Ya están” — se dijo para sí, y sonrió diabólicamente. Pensaba sólo en lo desagradable de un largo recorrida a esas horas en tan molesta compañía. Batían de nuevo en la puerta rudamente. No tenía más remedio que levantarse. Ya se escuchaban los pasos de doña Clotilde, que venía por el pasillo, y se tiró entonces de la cama súbitamente. Su madre apareció ante él asustada y a medio vestir. Don Nicolás salía también ya desde el fondo de su habitación. —¿Quién será, Dios mío, Dios mío? — murmuraba doña Clotilde llena de horror, observando interrogativamente, con mirada perdida a su hijo y luego a su esposo, y se retorció las manos y sujetaba a su hijo, que pugnaba por desasirse de ella para ir hacia la puerta. Por fin consiguió su propósito y se adelantó preguntando: —¿Quién es? — con voz alta y recia. —“Abran a la autoridad” — respondieron desde fuera, hipócritamente. Don Nicolás había ido ya hacia su despacho para descolgar la vieja espada que descansaba en una panoplia. Doña Clotilde lloraba y retenía de nuevo a su hijo pidiéndole que no abriese la puerta. Pero él consiguió separarse de ella, diciendo: —¡Bah, abramos! — Doña Clotilde

estorbaba sus movimientos y daba grandes gritos, pero Rafael logró abrir, dando un tirón de la puerta, presentándose ante los desconocidos altiva y valientemente. Eran éstos varios hombres, uno de ellos de gran estatura, dos conocidos por Rafael desde hacía años, aunque muy pocas veces hubiese cruzado la palabra con ellos. Los otros eran para él completamente extraños y no parecían del pueblo. Rafael sostuvo un breve diálogo con el que parecía mandar el grupo, un hombre pequeño de aspecto antipático, verdoso. Era preciso que Rafael los acompañase para una breve diligencia que tenían que solventar. Don Nicolás, que empuñaba ya el sable, rugió: —¡Qué queréis de mi hijo, canallas, asesinos! — Y se disponía ya a castigar su vileza. Su propio hijo tuvo que contenerle, comprendiendo que se jugaba la vida el brioso anciano con su actitud. —Volveré en seguida, padre, volveré en seguida — dijo dirigiéndose a él con ánimo de tranquilizarle. Igual seguridad dieron los siniestros visitantes. Pero don Nicolás no cesaba en sus improperios ni en sus propósitos agresivos. —¡Fuera, fuera de aquí, bandidos, criminales! — gritaba exaltado. Doña Clotilde lloraba a gritos, impotente ya para hacer resistencia alguna. Rafael logró al fin desprenderse de su padre y salió cerrando la puerta tras de sí. Quiso abrir don Nicolás, pero el hombre de la estatura gigantesca sujetaba la puerta por fuera. Rafael se perdió por la calle estrecha en dirección al mar. El hombre gigantesco cansado ya de sujetar la puerta la dejó abrir, y al aparecer ante él don Nicolás, le dió en la cabeza un fuerte golpe con la culata de su pistola, privándole de sentido y aplacando sólo de este modo su furia.

A solas quedaron doña Clotilde y don Nicolás, sangrante éste, medio desvanecido aún. Doña Clotilde abrió los ventanales de cristal que daban a la ría y escuchó ansiosamente por espacio de algunos minutos, contemplando el cielo estrellado, algún rumor que pudiera llegar desde lejos hasta ella. Pero nada oyó. Luego llamó a gritos a las vecinas, desesperada, en medio de su soledad y su llanto, pero nadie acudía.

Al amanecer don Nicolás, ya en su cama y con la cabeza vendada, miraba a todos con los ojos abiertos y vidriosos casi insensibles, muertos, como en lejano espanto. Las vecinas lloriqueaban murmurando su horror y su pesar, y doña Clotilde desde la cama en la que la habían

introducido unas manos piadosas, llamaba a su hijo entre llantos y desvaríos.

*

Pasaron varios días. Doña Clotilde seguía llorando sin consuelo. Nadie daba razón de su hijo. Las autoridades decían estar muy interesadas en su hallazgo. Don Nicolás no quiso hacer gestión alguna, pero tampoco estaba en condiciones para ello. Aún se advertían en su cabeza señales del golpe que le había dado el hombre gigantesco. Hablaba poco y no lloraba casi nunca, y, cosa rara, paseaba aún más que de costumbre desde que su hijo desapareció, grave y silencioso, a ciertas horas de la tarde por las calles apartadas del pueblo y por la carretera que seguía la dirección de la ría. Parecía un fantasma. A don José era el único que hablaba de vez en cuando, pero de un modo inconexo. Le hablaba del poder del espíritu, del símbolo que era su hijo, de la voz de la sangre... El ahora era su propio hijo, aseguraba. "La verdad los mata" — repetía a menudo. Don José llegó a asustarse, pues cada día eran más alarmantes los gestos y palabras del viejo Ramírez. En cuanto a doña Clotilde, sumida en su dolor, nada observaba, nada quería ver que no fuese su propia pena.

Un día, durante uno de sus paseos, vió don Nicolás que en la plaza del pueblo habían levantado una tribuna; al día siguiente era la fiesta de la Raza, los fascistas querían realzar este año la importancia de la fecha y preparaban discursos y festejos sombríos y enlutados.

—Mañana hablaré al pueblo — dijo don Nicolás a su esposa y a don José en cuanto llegó a casa. Pero éstos no comprendieron el sentido de sus palabras, y callaban atemorizados. —Sí — dijo con una extraña sonrisa nunca vista en él — les hablaré del honor y de los valores del espíritu... — y fingía una cómica actitud de orador de juegos florales. Don José meneaba la cabeza melancólico y a sus ojos asomaban las lágrimas.

Al día siguiente, poco antes de la hora anunciada para los discursos, ya había en la plaza mucha gente temerosa dispuesta a tomar parte en los festejos. Don Nicolás estaba allí entre ellos como espectador con su bastón y su fina barba blanca. Diríase que esperaba a alguno de sus hijos. Súbitamente pasó algo inesperado. Don Nicolás, ante el asombro

de todos, aprovechando una ausencia del guardián de la escalerilla que daba subida al tablado, ascendió lentamente hasta la tribuna y una vez allí, con el bastón en la mano, hizo un gesto imperativo ordenando silencio. No era éste necesario, pues todos le observaban con expectación, mudos y sobrecogidos. Don Nicolás empezó así su discurso: "Amigos, os hablo como representante de la raza. Mi hijo y yo somos la raza. Hemos contemplado durante muchos años la calma de esta ría, lugar ejemplar de nuestra Patria, pero yo había olvidado los monstruos, los asesinos; había olvidado a esos mismos que ahora están ahí, entre vosotros. (Al llegar a este punto de su discurso, sonrió don Nicolás enigmáticamente e hizo una pausa). Pero no importa, — continuó — serán aplastados. Se hundirán las dos verdades que allí había, las dos verdades en lucha que él veía, y así nacerá sólo una verdad: la verdad de la vida, la verdad que él amaba sobre todas las otras. Los asesinos serán castigados — rugía ahora furioso — porque *la verdad los mata*. La verdad soy yo, la verdad era mi hijo. Y la verdad está con el pueblo y contra los canallas, la verdad está también con muchos de vosotros y contra esos que se llaman fascistas, contra los miserables que..." No pudo continuar. Precipitadamente subían ya por la escalerilla un grupo de falangistas precedidos por un guardia civil, que al llegar a lo alto del estrado, rápidamente, se abalanzaron sobre el pobre don Nicolás, y le hicieron descender de la tribuna a fuerza de golpes, entre los gritos de la multitud horrorizada. Don Nicolás se había resistido, repartiendo algunos golpes con su bastón, pero al fin fué reducido y maniatado y así lo llevaron hasta el cuartelillo sin que él perdiese ni por un instante su gesto altivo de héroe en desgracia.

Aquella misma noche, considerado por un tribunal especial que le juzgaba como un peligroso elemento revolucionario, era sacrificado el viejo, el nobilísimo don Nicolás Ramírez, querido por todos los marineros, respetado y amado antes como el alma de su pacífica aldea de Rianso.

*

Tanto dolor había hecho que la anciana doña Clotilde, lo mismo que su viejo amigo don José, perdiesen ya hasta el consuelo de las lágrimas y casi la capacidad del recuerdo. Pasaban los días enteros uno junto a

otro sin hablar nada, contemplando tan sólo el jugar del agua con los reflejos de las nubes.

Pero una tarde doña Clotilde esperaba a don José con impaciencia. Apenas éste entró lo llevó a un rincón del comedor y le hizo allí saber su secreto. Había venido por la mañana un marinero con el pretexto de venderle algo; amigo de Juan y de Santos, un marinero que milagrosamente estaba aún con vida. El sabía donde mataban los fascistas a sus víctimas y como. Al menos sabía fijo que don Nicolás había sido arrojado al agua en un lugar determinado de la ría donde ésta se remansaba y tenía poco fondo. De allí era fácil sacar el cadáver. Tal vez estuviese también Rafael. Podrían sacar los dos cuerpos, y algún otro si lo había, y dar a todos mejor sepultura. Ella no podía contar sino con él, agregaba. Aparte de Matías, el marinero que se prestaba a acompañarle y a hacer la sepultura. Doña Clotilde había recordado que don José tenía una escafandra de buzo entre sus muchos curiosos y científicos objetos. Más de una vez habíase sumergido don José buscando plantas raras, y de estos viajes marinos contaba él maravillas. Don José no tardó en decidirse: era lo único que ya podía hacer por sus viejos amigos. Se entrevistó con el marinero y juntos planearon todo para la media noche del día siguiente.

Al otro día, en efecto, tomadas todas las precauciones posibles y provistos de los útiles necesarios, salieron don José y Matías por una callejuela hasta la playa, silenciosos y leales. A ellos se unieron pronto otros dos marineros, amigos de Matías, que habían de ayudarlos en su caritativa empresa. Estos llevaban una barca y algunos otros elementos necesarios para el trabajo que iban a realizar. Uno de ellos, además, vigilaría desde una loma cercana mientras los demás cavaban la sepultura.

Llegaron pronto al lugar previsto donde la ría formaba una pequeña ensenada. La superficie del agua brillaba bajo la luna, terrible y luctuosa. Cavaron un hoyo profundo en un lugar disimulado a alguna distancia de la orilla, y cubrirían la tumba con ramas y con troncos de árbol que abundaban por allí. Luego esperaron un buen rato. Al fin comenzó a clarear. Don José, grave profesor de física, emocionado, se dispuso a sumergirse y se hicieron los preparativos en la barca. Los marineros le observaban en silencio. Pasados aún unos instantes todos

creyeron llegado el momento oportuno y la barca se separó unos metros de la orilla en calma de muerte. Don José vistióse la escafandra. Tirítaba de frío, pero no importaba, estaba dispuesto a todo. Ya era completamente de día y por encima de la colina se anunciaba la salida del sol. Don José miró un instante al claro cielo y a sus amigos entristecidos y se introdujo en el agua pausadamente, con religiosa y meditada lentitud.

Los marineros vieron primero su cuerpo confusamente, pero luego desapareció éste bajo a espesa capa de agua. —Sin duda, los cadáveres llevan una piedra atada a los pies, y cortando la cuerda que debe sujetar a ésta, los cuerpos flotarán, — pensaban todos. — Así será fácil recogerlos.

*

Sumido dentro de la masa grisácea y verdosa del agua al principio el buzo no distinguía nada, pero pronto descubrió entre las algas y los peces, ya en el fondo, un tronco que se movía, suave, anhelosamente, fijos los pies sobre un suelo blando. Vió unos ojos vacíos y una cara deshecha. Lo que él creyó un tronco era un cadáver medio comido por los peces. El cuerpo se movía agitado por lentos vendavales, clamando al cielo, buscando la luz. Unos pasos más allá vió otro cadáver y luego otro y otro... Era un bosque movable de muertos marinos que elevaban su cabeza, balanceándose. En uno de los bultos distinguió don José a su amigo, el viejo Ramírez. Intentó libertar al muerto de la cadena de ignominia que allí le retenía, pero algo vibrante, elástico, morbosos, le retuvo.

Le avisaban ya de arriba, pero no podía subir. No debía. Era en ese mundo interior, donde estaban sus amigos, donde estaban las víctimas, y él debía quedar allí. —¿Para qué vivir más? — tuvo aún valor para preguntarse. Sus movimientos eran lentos, torpes.

*

—¿Qué verá allá abajo? — se preguntaban los marineros en la superficie. Don José ya no podía responderles. Era una masa de agua, un pez. Ni siquiera sentía ya como antes, aunque sus ojos y su corazón conservaban sin duda recuerdos de lo humano. Sus movimientos ape-

nas delataban vida. Su espíritu era como el agua quieta que entraba por a boca de los muertos. Hizo un esfuerzo sobrehumano desde dentro de su mundo de naufragios. Logró al fin cortar la cuerda que sujetaba una piedra a los pies del movable tronco y en seguida sintió una presión hacia arriba y se aferró braceando con la vida. Con un brazo sujetaba el cadáver, que pugnaba por huir, pero él quería permanecer hundido y se hirió en un costado con su propio cuchillo.

*

Los marineros comprendieron que algo anormal sucedía y tiraron con fuerza de la cuerda que sujetaba a don José. No tardaron en saberlo, pues pronto subió hasta la superficie su cuerpo sangrante y aparecieron sus manos crispadas que sujetaban un bulto: el cadáver del viejo Ramírez, su buen amigo.

Los marineros, dominando su espanto, arrastraron ambos cuerpos hasta la orilla y les dieron sepultura en el lugar previsto. Luego huyeron, temiendo ser descubiertos, pero antes de perderse, de pie sobre la colina, dirigieron a la ría una mirada de odio, mientras levantaban los puños amenazantes. Sus siluetas recortadas sobre el limpio cielo de la mañana eran la imagen de una promesa.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO

TRÁNSITO

(POEMA DIALOGADO)

I

VOZ DE LA DUDA

Cuando a la tierra vuelva la paz que tanto anhelo
¿volverán nuevamente las pequeñas desdichas
y de nuevo los hombres separarán sus labios
sin comprender apenas el calor de su sangre?

Cruzo las mismas puertas y los mismos umbrales
y recojo las voces que sollozan inútiles.
Por las mismas tabernas los cuerpos soñolientos
se amontonan y beben y no olvidan su muerte.

A veces cantan, cantan y lentos por la noche
como barcos cansados flotan bajo su sombra
y al compás de la fiebre que en su soledad arde
cruzan alucinados su dolor que no cesa.

¡Qué constantes sonámbulos, sin timón, se abandonan
a las corrientes densas que empujan su destino!
¡Qué fatalmente ciegos sus aguas los conducen
mientras giran las bóvedas altísimas del mundo!

En los campos lejanos la guerra se remueve:
aún es el llanto dueño del mundo en que navega.
Aún la tierra humedece el mismo llanto, ¡el mismo!
y la ciudad padece con iguales fantasmas.

Desembocan las calles en los mismos silencios.
Sobre la misma esquina el farol nos denuncia,
cotidiano en el crimen sordo de su costumbre,
la misma delincuencia y el desdén que la alumbra.

El jardín se estremece por tanto aliento nubil,
que sin hallar su objeto, fugaz y enardecido,
con la brisa y la estrella, bajo las tiernas ramas,
sobre la hierba ofrece tímido su hermosura.

Y el rumor de la intriga, las pequeñas historias,
bajo las hojas débiles que en los árboles gimen,
se escuchan, con los sueños y el llanto que acarician
junto al amor que esconde su temblor como un vicio.

Las envidias relatan diariamente su vuelo.
Las diminutas almas su oscuridad agrupan
y arrastrándose llegan a podrirse en la sombra,
como mueren las hojas por los rincones ínfimos.

Y las aguas prosiguen...

Arriba sobre el cielo
la pálida ternura del astro luminoso,
igualmente derrama silenciosa y pasiva
su mágico abandono sobre las mismas rosas.

Mientras, la vejez gime cargando en su avaricia,
junto con la tristeza que el recuerdo atesora,
los caudales más vivos de la hoguera presente
que con su ardor le siega de un tajo la esperanza.

¿Y aun hay cuerpos tan torpes que se entregan y asombran
de que su propio engaño no resuelva sus culpas?
Cuerpo a cuerpo se pasa. Cuerpo a cuerpo se olvida
y cuerpo a cuerpo el mundo se desangra y padece.

Luchan los hombres, luchan por su nueva inocencia;
no abandonan su sangre por la muerte infecunda.
Cuando llegue a la tierra la paz ¿hallará en ella
las pequeñas desdichas o la aurora que empuja?

LA VOZ CERTERA

No puede el sol sin astros, como no puede el hombre,
vivir sin compañía y huraño de sus leyes
desarrollar su oficio. No pueden, no, las aguas
vivir aisladamente, ni ocultas bajo tierra,
ni en ella derramadas, ni en la ruta invisible
que hasta las nubes cruzan por ser lluvia en los aires.

No puede, no, la piedra, que en las altas montañas
se eleva entre las aves y a ellas solas se ofrece,
no puede, no, llamarse solitario silencio,
que aunque lejana, esculpe su misterio en la nieve
y en otras piedras hunde los pies que la levantan.
Soledades se llaman sus patéticas formas,
pero las nieblas buscan su cálido regazo.

Y el orgulloso fuego que al serlo se destruye:
¿cómo podrá agitarse sin viento entre sus llamas;
sin que el papel o el leño o el paño se le inmole
y a ser calor ascienda pisando en sus cenizas?

No puede el mismo tiempo, llamándose infinito,
persistir como dueño libre de compañía.
Cuando mueran los astros, los hombres y las piedras
y se olviden los árboles, las aguas y las nubes
y sin fuego ya el mundo se pierda en sus ruinas.
Cuando muera el Espacio no hallando este reposo
y hueco el Universo sus transparencias hunda:
Ay, el Tiempo soberbio, mordido por su engaño
destejido y sin nombre huirá bajo la angustia.

Cortos años vivimos sobre este mismo Tiempo,
que es muy débil la cinta que sujeta a los hombres.
En nuestro corto tiempo, nuestra sangre labramos
y en el dolor o el gozo nuestro cuerpo cumplimos.

Esto al mundo dejamos mientras que el mundo rueda,
que es muy pequeño el hombre bajo el cielo que admira
y aunque a veces suponga que un dios corre en sus ríos

y le ordena las fuentes que penetran sus ojos,
humildemente vuelve a su humano recinto
y a la penosa lucha de preparar su vuelo.

Igual que el sol se ajustan los hombres sobre el día:
unos, bajo las sombras, donde ocultan sus rostros,
cruzan bajo la ciénaga pesada de la muerte,
con la maldad y el vicio lentamente nadando
a esconder la impotencia de su inútil semilla.

Los que circunda el alba, frente a frente a su brillo
se dan tan limpiamente como el rayo que buscan.
A veces por su pecho, lo que en sus venas duele
abriéndose derraman; pero aprietan su herida,
y más altos sus ojos, afilando su vista
y haciéndola herramienta de su feliz labranza,
desembrozan la tierra para los pies del hijo
que a su espalda golpea como la harina blanca.

Hoy ya vencen los últimos, ya refresca su espuma
tras las pesadas noches la frente que padece
y el dolor que la abrume. Pero, ¡mirad, hermanos!
No puede el sol sin astros desarrollar su oficio.
No se olviden los hombres de hallar su compañía.

Lento cruzará el tiempo; lentas irán sus horas
reponiendo los días... Pero, ¡mirad, hermanos!:
lentas se van las sombras... Dejadlas, que en el suelo
la guerra ya ha sembrado la verdad que germina.

EMILIO PRADOS

Valencia. - Barcelona, 1937.

CASA DE CAMPO

I

Sobre una colina abierta, una casa con columnas, con una terraza de cristales. En la plazoleta esperaban los palafreneros, vestidos con casacas verdes, sujetando los frenos de las caballos impacientes. Bajo las columnas, sin apresurarse, hablaban las damas vestidas con traje de amazona, largo y negro, y los hombres, tipo Alfonso XIII, con breeches y chaqueta. Ningún letrado. El Real Club de Cazadores no quería letrados.

En la plazoleta los motociclistas hacen trucos de circo: dan vueltas sobre sí mismos, manchan con las manos libres, se ponen de pie sobre el sillín, conducen con los pies. Las motos tiemblan y traquetean apagando los golpes y el tableteo que se oye detrás de la casa.

Entre las columnas llega un oficial.

—Terminad. Ayer nos han herido aquí dos hombres.

Los motociclistas paran con desgana los motores. Los espectadores despreocupados, como antes, quedan en la plaza.

Alrededor de la casa de cristales heridos va descendiendo una trinchera profunda. Después de haber dado vueltas por esta trinchera nos encontramos bajo la casa, bajo los jardines descuidados, de espaldas a éstos y frente a la Casa de Campo. Los ojos, acostumbrados a las perspectivas cortas y próximas de la ciudad, encuentran una extensión honda e inesperada. Así se entra en el

mar frío: con desesperanza, palpitación y alegría. Después de las piedras blancas de Madrid, el verdor aparece como un elemento. Colinas, campos, barrancos, bosques jóvenes, casas aisladas. El Manzanares brilla sólo de vez en cuando con su amarillo turbio entre las colinas y los árboles. Un gran edificio blanco, balneario y restaurant. Un gran campo llano, el hipódromo. Si no viniésemos de Madrid sería extraño ver que al lado de este río, del hipódromo, en la casa de los cazadores, sobre las colinas, la tranquilidad del paisaje ha sido rechazada y arrojada por otra vida aún incomprensible. Es comprensible. Solamente que en el corazón hay algo que se levanta contra la comprensión, que no se apresura. Es como cuando se ha entrado en el agua pero sin decidirse al chapuzón todavía.

Al lado, un poco detrás, el edificio cuartelario del hospital clínico tan tranquilo y silencioso. Alguien allá, mira por la ventana, se oculta, espera. Desde aquí no se ve que los muros están atravesados. En el horizonte, las antenas. Hacia estas antenas se levantan siempre los ojos. Se las vé en Madrid, donde delante de los ojos hay solamente el cielo sobre la Casa de Campo. Son como jalones en el espacio. Allá, para liberarse. Nadie olvidará estas antenas. Delante de ellas el monte Garabitas. En la cumbre se levantan árboles solitarios en orden militar como centinelas inmóviles. Uno de ellos separado completamente: ¿demonio o jefe? Desde el Garabitas se vé todo Madrid. Alguien desde allá tiende la mano: Tan cerca, solamente cerrar el puño... Esta mano ha tocado ya los muros calientes de Madrid. Ahora se cierra en el aire sin tomar nada.

Abajo, a la derecha, la carretera de la Coruña. Se va a las montañas lejanas cubiertas de nieve cegadora. Es la Sierra llena de nombres resonantes: Guadarrama, Escorial. Allí ha comenzado, pero la Sierra ha quedado en su sitio y el enemigo la ha rodeado. Sobre la carretera una colina y sobre ésta una casa medio destruída. En su tiempo la cabalgata de cazadores la ha rodeado también, porque la casa estaba demasiado alta. La casa está como después de un incendio. Todo tranquilo alrededor de ella.

Delante hay un parapeto, como una medianera. Allí, hombres sentados que no dan ninguna señal de vida. A cien metros de la trinchera, grandes piedras blancas arrojadas en desorden. Ayer durante el ataque los republicanos han puesto estas piedras para orientar a la aviación. Y el mar de la guerra recibe y lleva a los nadadores inexpertos cerrándose por encima de su cabeza con el ruido del cañoneo.

Por lo demás, ésto se llama solamente preparación de artillería. Crecimiento momentáneo del silbido, alejamiento y explosión lejana. Humareda sobre Garabitas, humareda sobre la colina. Humo blanco, pero después sube una columna negra. A veces los obuses hacen el mismo ruido que los cohetes, son los que no tienen suerte y dan vueltas sobre sí en el aire. La caza es hoy demasiado ruidosa. Los pájaros inquietos vuelan sin objeto en el aire, pero se ha hecho incomprensible este aire poblado de seres rápidos y ruidosos sin alas, sin reposo, sin pasión. Los perros se pegan a la tierra como si el viento les balancease. Yerran por arriba y se sientan a cada tiro, pero no quieren bajar a la trinchera con los hombres. Tienen más miedo de la trinchera que del campo. Son los perros de los batallones. Pero durante el cañoneo no se quedan con los hombres, quieren ver lo que ocurre, si no todo es demasiado incomprensible y demasiado terrible.

Tableteo de ametralladora. Los tiros de fusil parecen inofensivos como el choque de las bolas en un centenar de billares. Las balas cortan las hierbas y los arbustos con un silbido. El perro enfadado, se vuelve. ¿Qué busca aquí esta pequeñez entre los truenos?

Los tanques se arrastran por la Casa de Campo. Animales prehistóricos, son al mismo tiempo torpes y ágiles. Cuando tiran se escapa un fuego amarillo como corriente rápida de un líquido. Vienen al bosque deprisa y alegremente y después se detienen y giran la trompa invisible a todos lados como sentándose.

En lo alto de la trinchera, grandes hormigas hacen pasajes subterráneos, llevan granos de arena, piedrecitas, llegan hasta el borde y dejan caer su carga: los granos de arena y las piedrecitas

ruedan abajo. Rápidamente las hormigas vuelven a sus agujeros y apresurándose pasan por encima de las otras que vienen. El agujero ha sido hecho por una bala.

El telefonista, adosándose a la pared de la trinchera, lee un libro viejo. Lo deja para dar la comunicación o para recibir un telefonograma. Entonces vuelve la manivela, el teléfono suena inseguro, el telefonista grita y no le comprenden. Luego lleva aún a sus ojos el libro que no ha dejado de la mano y mueve los labios. El resto, todo este trueno, silbido, tableteo, no le impresionan más que a las hormigas.

El enemigo tira con mortero. Entre el tiro y la explosión pasa apenas un segundo y los dos son ensordecedores. El oído de las hormigas y del telefonista está evidentemente atrofiado.

El comandante de la división no deja sus anteojos. Parece un artista maduro y seguro de su gloria: De alto a abajo con una mirada distraída observa los hombres y todo lo que ocurre. Su emoción se nota solamente en que su pecho está demasiado abombado. Ni siquiera mira del lado donde vienen las balas. Su radio de acción es el lado derecho de la carretera, su tarea tomar la colina. Pero está demasiado interesado en el conjunto de la operación y no mira más que delante de sí. A veces mira el reloj levantando la mano hasta los ojos.

El observador de artillería, un capitán, maniobra sin cesar con su aparato cuyos dos tubos sobresalen de la trinchera. No es necesario hacer la corrección del tiro: durante largos meses se ha localizado cada rincón. Pero el capitán se mueve en torno a su instrumento como un fotógrafo que no puede encontrar el ángulo necesario.

Un obús ha entrado en la casa blanca, sobre la colina. Se vé como caen lentamente pedazos del muro ya destruído. En la trinchera fascista todo es calma. No hay vida.

El centinela mira por la aspillera, se vuelve, ríe, fuma. ¿Cómo se puede volver la espalda a la Casa de Campo? Y resulta que es posible. Una bala se clava en la yerba por encima de la cabeza.

—Pepe, es a tí a quien buscan.

—Mentira. Es para tí.

Resguardando la cabeza, unos hombres acuden a la trinchera. Agitados transmiten noticias y se lanzan a las aspilleras. El comandante de la División hace un gesto pequeñísimo con la cabeza. Como antes, no deja sus anteojos. Los oficiales también toman sus gemelos y se muestran algo unos a otros.

—Campesino ataca.

Pero en el bosque, en el barranco no se ve nada más que pequeñas humaredas de disparos de fusil. Solamente ha pasado con rapidez una pequeña figura, tan pequeña en este amplio lugar que se llama Casa de Campo. Ha pasado y desaparecido. Es un soldado del Campesino. ¿Está vivo? ¿Está tumbado tras del matorral esperando? ¿O ha pasado ya más lejos arrastrándose? No se ve nadie, ni nada. Los oficiales desilusionados dejan caer los gemelos.

El comandante de la División mira su reloj, da dos pasos y toma el auricular del teléfono. Sin mirar a nadie dice claramente:

—Para la artillería, terminar la preparación. El último obús dentro de tres minutos. Al comandante del batallón: con las fuerzas de dos compañías atacar y tomar la colina sobre la carretera de la Coruña. Comienzo del ataque dentro de cinco minutos.

Las nubes pasan en el cielo. La lluvia ha terminado. Sobre el Garabitas, el sol. El verde es allá insoportablemente brillante. Y los árboles hacen la misma centinela. En la casa de Campo el mismo ir y venir incomprensible: los tiros, un ruido sordo y los tanques que van por todos lados. Como antes, los morteros son ensordecedores. Allí continúa un verdadero ataque y los soldados del Ejército Popular se arrojan sobre las trincheras enemigas. Pero todo esto de repente resulta terriblemente lejano. Porque al lado, abajo, como al alcance de la mano, empieza una operación que por su proximidad atrae la atención del corazón. Y en un momento se olvida todo y se está con todo el ser encadenado a esas piedras blancas que se callan.

Los soldados, agachándose, recorren la carretera de la Coruña. La artillería, detrás, se ha callado. Uno a uno, apretando el fusil entre las manos los soldados corren sobre el asfalto. Se han agru-

pado en la base de la colina. El hombre de la camisa blanca, el comandante de este grupos, da órdenes. Distribuye los hombres y anima a los que pasan la carretera. Después, delante de todos, escala la colina. Los soldados le siguen. A veces se inclinan tan bajo que marchan a gatas. Algunos han llegado ya a la mitad de la colina y se han tumbado allí. Los fusiles se yerguen contra la trinchera fascista. Pero desde allí no tiran: Para tirar hacia abajo hace falta asomarse por encima de la trinchera. Esperan. A veces la mano de los soldados republicanos se crispa y sin querer dispara. Los otros, lentamente, avanzan a gatas. La colina es muy abrupta. Se agarran a las piedras. Por el lado izquierdo, despacio, sube un tanque. Hace zig-zag y se detiene. Algo se ha roto en el motor. Se repara allí mismo. Los soldados han llegado hasta las piedras blancas y se esconden detrás de ellas. Ahora los fascistas pueden tirar. Las balas golpean la piedra levantando pequeñas humaredas de polvo blanco. Los republicanos contestan en desorden. El jefe de la camisa blanca se yergue y agachándose corre adelante subiendo la colina. Tres hombres más le siguen. Herguido un momento con un gesto amplio lanza una bomba de mano y se aplasta contra la tierra. La granada estalla a unos veinte metros de la trinchera. Los otros tres lanzan las suyas. Tampoco llegan.

Por primera vez los fascistas dan señales de vida. Por encima de la trinchera se muestra una cabeza, los hombros y las manos, una granada vuela hacia los republicanos dando vueltas en el aire. Y ya no hay nadie encima de la trinchera. La granada estalla también sin llegar a su objetivo. Los republicanos tiran sin orden, pero las balas no pueden nada: la trinchera es de cemento.

El tanque, reparado, marcha adelante y desde una distancia de cincuenta metros tira sobre la trinchera con las ametralladoras. Los fascistas no se atreven a mostrarse. Ocultándose detrás del tanque los soldados republicanos llegan a su altura. (La colina es abrupta, bajo los pies hay piedras, los hombres tropiezan y caen). Las granadas estallan encima de la trinchera misma. La ametralladora fascista empieza a tirar. El tanque se calla. Las granadas

fascistas estallan. Tres hombres llevan abajo un cuarto, es el primer herido.

El jefe de la camisa blanca y los tres que se han lanzado con él la primera vez, se lanzan obstinadamente adelante. Son sus granadas las que estallan encima de la trinchera. La camisa blanca como una bandera ondea sobre la colina.

—¡Qué valiente! — dice el oficial de artillería.

El jefe de la División hace un signo afirmativo. Después frunce el ceño.

—Son soldados jóvenes, — dice entre dientes. — Sin él no hubiesen ido. No es en absoluto deber del jefe el saltar delante de todos. ¿Quién más está con él? Resulta que son el comisario y dos oficiales.

El tanque retrocede. Hay algo que no funciona bien. Los republicanos se lanzan adelante. Por encima de la trinchera, una a una, como teclas, se muestran las cabezas de los fascistas. Sin interrupción estallan las granadas. Tres heridos más. Los republicanos vuelven atrás, donde no alcanza la ametralladora y las granadas no llegan. El jefe vuelve el último. En su figura, desilusión y tristeza.

Parecía que todo esto no ha durado más de cinco minutos. Pero cuando se vuelve a tomar aliento resulta que ha pasado una hora. Se trae al puesto de observación pan y jamón. El comandante de la División bebe un vaso de coñac. El centinela come también. Sólo las hormigas no dejan de trabajar. ¿Cuándo comen las hormigas?

Allá delante, en la lejana Casa de Campo, un momento de calma. El sol ha desaparecido. El Garabitas se ha vuelto triste y sombrío. El artillero observador ha fijado en su aparato un pedazo de una trinchera fascista alejada y, detrás, el bosque. Del bosque, lentamente, sale un moro. Se quisiera tomarle en la mano como un juguete. Salta a la trinchera. Y de nuevo solamente el paisaje como en un estereóscopo. Sobre el paisaje una lluvia fina.

Adosándose a la colina sobre la cual se encuentra la casita de caza real, de cara al hormigueo de la guerra, se nota de repente

que la emoción ha pasado, que ha pasado todo lo extraordinario que ha obligado al corazón a latir con el presentimiento de los grandes acontecimientos, lo teatralmente elevado con lo que, un poco cohibido y secretamente orgulloso, el hombre inexperimentado ha venido aquí como a un mundo nuevo. Los hombres y las hormigas han quedado los mismos y su tarea es sencilla como todo lo que se hace cotidianamente. Y del mismo modo hay en torno gentes despreocupadas y gentes indiferentes, y del mismo modo marcha adelante el hombre que sabe hacerlo. Cuando se dice todo el pueblo, todo el ejército, se olvida la individualidad de cada uno que queda también en los impulsos generales. Dándose a este impulso, incluso cuando va a la muerte, el hombre, cambiando de rostro y de alma, conserva las costumbres y el carácter. El centinela ha bostezado. El telefonista, por fin, ha terminado su librito y mira en torno suyo con una mirada que no vé nada. ¿Es posible que las aventuras de un detective sean más interesantes que lo que acaba de tener lugar aquí? Pero esto es el trabajo y el detective es una fantasía. Y sin embargo...

Una jornada ordinaria. Las rodillas, fatigadas, se doblan; se tiene hambre, la lengua está irritada por el humo. Un bostezo aprieta la garganta. Quizá más nerviosismo que fatiga. El paisaje es ya habitual y ha perdido todo el encanto. Para los que están aquí siempre, es incluso aburrido. La trinchera está húmeda y sucia, la tierra se pega a la ropa, los pies resbalan. No se presta ya ninguna atención a las balas; no más que a las moscas que vuelan alrededor de un cubo de basura. Y sin embargo...

No, no está ni en mí, ni en vosotros, ni siquiera en el oficio de la guerra con todos sus peligros, terrores y millares de muertos, ni en la tensión nerviosa, está en otra cosa.

Los hombres sobre la colina han decidido hacer el ataque por el otro lado. Durante largo tiempo han desaparecido. Después desde la cota de la derecha, hacia la mitad del camino de la casa blanca, aparece de nuevo la camisa blanca y sus compañeros. Con ellos dos hombres más vestidos de paisano.

El comandante de la División frunce el ceño; otra vez estos...

«Cuando la guerra empezó, de una de las fábricas de Madrid salieron voluntarios. Han formado una escuadra. Esta escuadra forma parte de la compañía que ataca. Dos de los voluntarios fueron de nuevo enviados como especialistas a la fábrica que trabaja para la guerra. Estos dos están libres los domingos. Hoy es domingo. Cada domingo vienen a su escuadra, están todo el día en las trincheras o van al ataque. Sus camaradas dicen:

—Podríamos esperar el domingo. Así Julián y Manolo nos ayudarán.

No está ni en vosotros, ni en mí, ni siquiera en Julián y Manolo. Es verdad, nosotros hubiéramos huído de este puesto si no estuviéramos interesados en ello. Pero no es por bravata ni por deseo de aventuras por lo que sube al corazón un llamamiento apasionado: —Yo quiero también como Julián y Manolo. Hay que estar allí. Allí donde se puede hacer el máximo de lo que se es capaz de hacer. Millares de veces se ha dicho que pasa por allí la frontera que divide la humanidad y el tiempo. ¿Y tú no te pondrás en pie sobre esta frontera? ¿Y tú no marcharás adelante? ¿Y tú no lucharás contra el fascismo y no rescatarás de él con tu vida la vida de tu tierra?

La otra cota de la colina es muy abrupta. A pesar de haber llegado junto a la trinchera fascista, los republicanos no pueden ir más lejos. El tiro es desacomode y sin efecto. Los republicanos se consultan y vuelven a la cota anterior.

El tanque está completamente al lado de la trinchera. Los hombres se lanzan adelante. Otra vez se vé por todas partes la camisa blanca. Las granadas estallan. Los hombres corren, se arrojan al suelo, se arrastran. Es vuestro corazón quien se abre camino entre esas piedras. Un retrasado corre. ¡Echate al suelo! No ha tenido tiempo. El fusil ha resbalado por la pendiente. La camisa blanca está de nuevo delante de todos. No se sabe porqué oculta su cara con la mano. El comisario político, los oficiales, Julián y Manolo, le siguen. Ya falta poco. Veinte metros más. Quince. Doce quizá. El tiempo está loco: los hombres corren muy de prisa

pero están siempre a alguna distancia de la trinchera. Ahora... ahora... ya están en la trinchera.

Explosión.

Les faltaba quizá diez metros. Diez pasos y hubiesen saltado a la trinchera. Y en ese momento los fascistas han hecho estallar la mina.

La camisa blanca está tirada en el suelo. El comisario a su lado, y los dos oficiales. Agachándose les llevan ya abajo. Y los atacantes retroceden. El tanque se vuelve. Los fascistas se callan. Un tic tiembla en las comisuras de la boca del comandante de la División.

—Jóvenes, — murmura. Perdidos los oficiales, se vuelven. Hubieran podido tomar la trinchera. Pero no saben qué hacer. Han empezado a recoger los muertos.

—¿Usted, podía esperar que ese sitio estaba minado?

—Eran ellos los que no lo esperaban.

El comandante del batallón pasa por la trinchera. Estuvo herido y lleva la mano en cabestrillo. Su rostro está crispado, no mira a nadie.

—El comandante de la compañía y el comisario político han sido muertos. Dos oficiales heridos. En el segundo ataque llevaré a los hombres yo mismo.

—El ataque no tendrá lugar — dice el comandante de la División. — Los hombres están cansados y es tarde. Pronto estará oscuro.

El comandante del batallón levanta su puño a la visera. El teléfono suena.

—El destacamento de Campesino ha pasado adelante y ha tomado los trincheras del enemigo, cuyas pérdidas son muy grandes. Campesino ha cogido prisioneros. Las trincheras se fortifican.

El comandante de la División hace un signo satisfecho con la cabeza.

—Nosotros hemos hecho solamente una demostración.

II

Desde la casa blanca la trinchera va hacia abajo y marcha largo tiempo en zig-zag por las colinas. Está lejos del enemigo, pero no se puede salir: el enemigo vé todo. Un túnel pequeño y húmedo. Un vallecito en el que no hay trincheras porque las colinas le ocultan del enemigo. Una carretera que hay que atravesar corriendo. Y otra vez, por la trinchera vacía sobre las colinas. A veces hay escaleras cavadas en la colina. Por encima de la trinchera y en el vallecito, una hierba baja y árboles solitarios también bajos. Por fin un gran puente. No se puede pasar. Bajo el puente hay muchos camiones sanitarios y de cocina. Los chóferes ríen, fuman. Después otra trinchera más profunda y más fortificada. Y más zig-zag. En algún sitio tiran. Pero parece muy lejos. El sol quema y a veces una abeja zumba. Incluso la primavera es cruel en Madrid. De vez en cuando por el lado izquierdo se ven arriba techos y casas. Es Tetuán. Un obús vuela por encima de la cabeza muy alto y su sonido se aleja. Después sobre Tetuán se levanta un humito blanco. Los fascistas tiran sobre Madrid.

Pero antes de que esta jornada comience, antes de que entremos en la línea, hay tantos recuerdos...

—¿Te acuerdas de esta casita? Aquí, en noviembre, estaba nuestro Estado Mayor. ¿Te acuerdas de como la aviación la ha bombardeado? Por aquí hemos pasado con Lukach. De repente, los aviones. Aquí trabajaban los zapadores. Nos hemos metido en ese agujero donde tenían su barraca. Espera. La bomba cayó aquí. Exacto. Mira el embudo. Sin esa barraca hubiéramos estado perdidos. Y aquí estaba el emplazamiento del batallón Thaelmann. Enfrente los moros. El Estado Mayor de Thaelmann estaba en una casita. Después ha quedado sólo este muro.

Regler, escritor y comisario político, un hombre profundamente civil, con ojos azules y dulces, comunista sensible para el que la vida es tan preciosa que lamenta cada minuto que pasa y quiere comprenderlo y expresarlo. Regler, que no abandona su Agenda y

que escribe en ella algunas líneas cada día, el hombre irrazonablemente valiente, que vé su deber de estar allí donde hay más probabilidades de morir, modesto y siempre alegre, antiguo y querido amigo, dice:

—Pasemos un poco por el lado. Son sólo algunos pasos y diez minutos.

Se detiene en la trinchera y se adosa a ella. Ante nosotros una colina absolutamente parecida a las otras con los mismos árboles solitarios y una hierba baja.

—Nosotros estábamos aquí. Los fascistas atacaban por la derecha. Allí hay una casita que no se vé desde aquí. Ellos se han lanzado desde este lado. El se ha lanzado adelante. Uno, dos, tres, cuatro, después del cuarto árbol a la izquierda, mira, allá, ha caído. Otro camarada ha corrido hacia él. Ha sido también muerto enseguida. Los hemos recogido. Hubo un gran transtorno entre nosotros. No obstante, hemos rechazado a los fascistas. Después hemos retrocedido. Más tarde hemos tomado otra vez este terreno. Cuando lo hemos tomado vinimos enseguida aquí para mirar. Sí, es aquí.

Los hombres se callan. La colina es como todas las colinas y es difícil retener en la memoria el sitio detrás del cuarto árbol. Aquí fué muerto Hans Beimler. Desde que esta colina fué reconquistada, todos los alemanes vienen aquí. La guerra ha sido alejada sólo en unas decenas de metros. Y ya está todo tranquilo aquí. La última nota en el diario de Beimler era:

—He leído el discurso de Stalin. ¡Qué discurso tan admirable!

Y sobre la Casa de Campo, sobre cada combatiente, sobre esta hierba corta y los árboles solitarios, miran los ojos del hombre que tiene la dicha de pensar para el mundo entero.

Vamos por el valle. Por encima de las trincheras de comunicación las balas silban y más lejos, sordamente, tiran los morteros. En la trinchera, es la tercera línea, toca un gramófono. La tercera línea pasa por la cota del Manzanares, estrecho, amarillo y bastante rápido. En la pared de la trinchera un letrero, calle de Tal. Es el nombre de un camarada caído. Otra trinchera se llama calle-

juela de las Alegrías. Aquí está la cocina de campaña. Sobre el Manzanares han construido un puente flotante que tiembla. En la otra orilla la segunda línea. En el río se bañan los soldados. Nadan, gritan y se tiran agua. Pero el más feliz es aquel que con una sonrisa de Nirvana, abiertos los brazos, se deja llevar por la corriente nadando de espaldas. Mira hacia el cielo y le parece que este verano es un verano ordinario, que el tiempo durante el calor se ha detenido y que en el mundo no hay otra cosa que el agua fresca, ese azul profundo y esas nubes blancas y rollizas.

A la izquierda, españoles; a la derecha, polacos. Y ya no se puede comprender por qué hay aquí una casita blanca de establecimiento de baños. Los hombres están adosados al muro o en las chabolas. Aquí llegan ya las bombas de mortero. Entonces, los hombres se crispan contra el muro que dividía antes una propiedad. Y sin embargo todo esto parece ser un campo de ejercicios. En la chabola del comandante humedad y frío. En el rincón, la cama —colchoneta de paja y manta.— Una mesita de patas muy finas y dos mecedoras. Sobre la mesa, pedazos de salchichón y vino. Se obsequia a los huéspedes. El huésped puede marcharse siempre, ellos quedan aquí durante semanas.

La conversación no es apresurada y el vino se bebe lentamente. Los hombres están hambrientos de la palabra humana, se conocen entre ellos demasiado bien. Quieren saber todo: qué películas se ponen en Madrid, biografía del huésped, resoluciones de la U.G.T., calidad del vino, los planes del alto mando y la nueva letra de la canción que todos cantan a coro:

*Por la Casa de Campo
mamita mía
y el Manzanares,
quieren pasar los moros
mamita mía
no pasa nadie,*

El muro de piedra, más alto que un hombre, está atravesado por un gran agujero. Se entra en ese agujero y empieza la prime-

ra línea. La trinchera de comunicación, siempre en zig-zag, es tan profunda que no se vé más que el cielo. La trinchera se hace cada vez más estrecha. Por la aspillera se vé la hierba y el tronco de los árboles.

—Allí, — señala, sin ninguna precisión, el oficial.

Algunos pasos más. Un oficial, no joven, muy alto, no se inclina al pasar por los lugares abiertos.

—El dice que no puede inclinarse. Tiene dolores en la espalda. Pero no le creemos. Es un polaco. Con su estatura se expone a coger todas las balas.

El oficial, ostentosamente, enciende un cigarrillo en el momento en que incluso sus hombres sobresalen de la trinchera.

El número de soldados en la trinchera es cada vez más grande. Unos están sentados en los escalones de tierra, otros están al lado de la aspillera observando sin exponerse a una bala. Los tiros de fusil son resonantes. El oficial alto cubre con su pecho la aspillera y muestra:

—Mira.

El inexperiencedado, con cierto miedo, con el corazón que late con fuerza, el cuerpo un poco tendido y no del todo obediente a la razón (curvarse un poco, no mostrarse por completo, saltar de lado si hace falta) y al mismo tiempo con una atracción extraña, con el pecho invadido de gozo, con un pequeño orgullo, mira.

Y no vé nada.

Siempre la hierba y los árboles. Es incomprensible que aquella planta se encuentre en la tierra de nadie. No se distingue en nada de las que hemos dejado atrás.

—Es allí.

—¡Ah! Allí. Pero, ¿dónde, allí? ¿Esa línea de tierra estrecha y amarilla?

—Es la trinchera fascista. Detrás de ese árbol tienen el nido de ametralladoras. A la derecha otro. Entre ellos está el mejor tirador: Un moro. Si se pone la gorra sobre el fusil y se le asoma le atravesará enseguida.

—¿De dónde sabéis vosotros eso?

Los hombres ríen.

—No es el primer día que estamos aquí. Se vé de donde tira la ametralladora y de donde el moro. Nosotros tenemos también un moro que hace propaganda hablando con los otros y es él quien ha descubierto eso. Tiramos sobre todo para que ellos no olviden que estamos aquí. Es muy difícil hacer blanco. No se vé la aspillera. Está protegida. No hay más que un solo medio, pero es para los buenos tiradores.

—¿Cuál?

—En seguida.

Un soldado comienza a tirar regularmente. Después de la décima bala, los fascistas contestan. Otro soldado espera en la aspillera vecina. Tira inmediatamente después del tiro fascista, visando el fogonazo.

Explosión.

—Adósate al muro. Seguramente el nuestro ha apuntado bien, cuando están enfadados tiran con el mortero.

Otra explosión y otra. Siempre van demasiado lejos. Los hombres se adosan a la tierra. Su rostro un poco en tensión, aunque sonriendo, enseñan los dientes, sus ojos brillan. Son siempre los mismos el miedo y la alegría que aprietan el corazón.

Un grito ligero. Algunos hombres corren hacia atrás en la trinchera de comunicación. En tierra, sobre el capote, se estremece un hombre. Un teniente. Joven. Se le vé sólo el blanco de los ojos. Sin conocimiento. No se puede comprender si gime o si habla. No se le vé herida ni sangre.

—Está contusionado. Eso pasará en seguida.

Los sanitarios sujetan los brazos y las piernas de ese hombre. Se curva como un arco. Se apoya sólo con la cabeza y con los pies. Siempre el mismo sonido entre gemido y palabra. Después se tranquiliza, con un estertor y se enfría.

Por la trinchera de comunicación llega corriendo el médico. Sin mirar a nadie se acerca al herido, le tienta el pulso y el corazón. Y de nuevo sin mirar a nadie, cubre con el capote la cara del teniente.

Muerto.

Los hombres se descubren. El jefe y los oficiales saludan. En la trinchera alguien ríe, allí no saben nada. Los morteros se han callado. A veces solamente se prolonga el eco de los tiros de fusil.

Y nada más.

—¡Espera y verás!

Un soldado corre a la trinchera montando el fusil. Otros corren detrás de él.

—¡Alto!

El sargento explica que no deben gastar balas. Los hombres miran la tierra desconfiados. Entonces dicen en voz baja:

—Esta noche...

Los sanitarios se van con la camilla.

El moro del Marruecos Francés se siente en las trincheras mejor que en casa. Tiene un rostro pícaro y ojos alegres.

—¿Eres tú quien hace la propaganda a los fascistas?

—¿A los fascistas? No. Sólo a los míos, los marroquíes.

—¿Y cómo haces eso?

—¡Ah! ¡Yo lo sé hacer! Cuando no tiran, saco un pañuelo blanco y después salgo. Ellos ven que soy moro y no tiran. Entonces les grito: ¿Qué os han dado hoy para comer? Porque yo sé que comen mal. Pues nosotros ésto y aquéllo. Y después, de mi bolsillo izquierdo saco dinero viejo alemán y digo: Mirad lo que os dan, eso no vale nada. Y rompo el billete para que vean de veras que no vale nada. Y luego, de mi bolsillo derecho saco pesetas y digo, yo recibo ésto y puedo comprar lo que quiero.

—¿Y ellos qué hacen?

—¿Ellos? Rien.

El oficial alto se protege en la trinchera. Apuesto y tranquilo mira de lado las aspilleras como se mira en la calle la cara de las mujeres bonitas. Se calla siempre y sólo cuando los superiores le hablan saluda con el puño.

Traen la comida a la trinchera. Los hombres se sientan en las covachas y comen con el plato de sopa sobre las rodillas.

En la chabola del jefe se bebe vino en vasos, tazas y cantim-

ploras. La llegada del visitante es una fiesta y se le obsequia. De debajo del colchón sacan las reservas. Es ya casi oscuro y se ven las caras sólo cuando están al lado de la puerta. Se ríe a carcajadas y se habla de ese algo insignificante y pequeño de que se habla siempre en las fiestas alegres.

—Pido la palabra.

El oficial alto se levanta y queda de pie, erguido, el puño en la visera. Sus ojos están fríos y su voz absolutamente tranquila. No habla, hace un informe.

—Soy polaco. Oficial del ejército zarista ruso. Cuatro años de guerra imperialista. Después con los blancos contra los rojos. Emigración y Legión extranjera francesa. Otra vez ascendido a oficial. Siete años en Africa. Después, provincia francesa y aburrimiento. Cuando empezó aquí he pensado: ¿Y si yo fuese una vez en mi vida ya bastante larga, —tengo cuarenta y cuatro,— con aquellos contra los cuales he combatido toda la vida? Seis meses en España. Capitán. La verdad está aquí. Os digo a todos: Combatid vosotros como yo. Porque yo me bato bien. Lo sé. Combatid bien porque la verdad está aquí.

Da una media vuelta militar y con paso tranquilo y marcado sale de la chabola. Los hombres se miran en silencio y el comandante del batallón dice:

—Es la primera vez que habla. ¿Tú ves? Yo pensaba que sólo el ejército rojo reeduca a los hombres. Y ya ves, eso ocurre también en España.

El sol se pone. Oscurece rápidamente. El tiroteo se extiende a todo el frente, los soldados de los dos lados se ponen nerviosos a esta hora. Lo más fastidioso es recibir una bala ahora cuando el enemigo tira solamente para dar miedo, para demostrar que está en guardia.

Y después la noche con sombras fantásticas, con calma relativa. Se oye de lejos el tiroteo y el ruido de los morteros; es en Carabanchel. Quizá hoy se hace saltar la casa inmediata. Aquí todo está tranquilo, todo duerme...

No, no como los gatos, como los lagartos, tres hombres salen

de la trinchera. La hierba seca cruje, una rama se rompe bajo los pies. De un árbol al otro se arrastran apretándose a la tierra y la hierba les araña el rostro. Aquí no hay alambrada y el camino está libre. Silencio en la trinchera. El tirador se agarra a su máquina con las dos manos. Los hombres miran en la oscuridad y no ven nada. Así pasan cinco, diez, veinte minutos. Parece interminable. El cielo está inmóvil, están inmóviles las estrellas. Un viento ligero sisea. Y después inmediatamente una, dos, tres y más explosiones de granadas de mano, gritos lejanos, tiroteo desordenado. En la trinchera republicana, silencio. No pueden tirar para no herir a los suyos. Las balas silban sobre la cabeza, entran en la tierra. La trinchera fascista es un cinturón de fuego.

Los oficiales que llegan riñen a los soldados. Ahora, durante la noche puede empezar el ataque y no se puede abrir el fuego preventivo.

—¿Quién ha dado permiso?

—Es por la muerte del teniente, camarada comandante.

—¿Para que maten tres más?

Desde los flancos baten las ametralladoras fascistas. Pero aquella que estaba hace algunas horas "a la izquierda" se calla. Ha sido destruída.

Pasa media hora, una hora. El tiroteo termina. La corta alegría por la ametralladora destruída es ahora sustituida por una inquietud siempre creciente. Quizá los tres están en tierra delante de la trinchera fascista y nadie puede ayudarles. Unos voluntarios piden ir en reconocimiento, pero el jefe lo prohíbe. El oficial alto pide ir solo. Muy enfadado, el jefe se opone. De repente alguien escucha y dice:

—Ellos.

Los otros no oyen nada. Pero el primero grita alegremente:

—Ellos. ¡Ellos!

En un minuto, tres hombres caen en la trinchera, alegres, cansados, emocionados. Queriendo hablar todos al mismo tiempo cuentan como se han arrastrado hasta la trinchera fascista como se han levantado, como han arrojado las bombas de mano contra la ame-

tralladora, y después, sin que pudieran verles en la oscuridad, como se han arrimado a la trinchera fascista, entre dos aspilleras, y han esperado que pase la alarma.

—Con el humo teníamos tantas ganas de estornudar...

El jefe dice con una voz que quiere ser dura:

—Arrestados por haber abandonado el puesto sin permiso.

—A sus órdenes.

Dejan los fusiles y se van en la oscuridad. Y su jefe les grita alegremente:

—Dormid bien, muchachos.

y III

Un ciudadano soviético de seis años atraído por las cosas españolas hasta olvidarse de sí mismo, estudiando el mapa y repitiendo las palabras de los partes de guerra, como todos los ciudadanos soviéticos de su edad y de otras edades, cuando quiere acariciar y a veces adular a su madre la llama con las palabras para él más bonitas, más tiernas, más extraordinarias y extrañamente próximas:

—Tú eres mi Casa de Campo.

O. SAVITCH

(Trad. de Gabriela Abad)

Madrid, mayo 1937.

LA CACERÍA DE CALPE

*Casacas rojas por la tierra roja
donde los zorros huyen de los zorros
y se dispersan en la arena fría.
¿Qué madre escucha el grito de sus hijos?
¡Cuidado con las bridas y malezas!
En ellas nuevas víctimas los perros
pueden hallar, en esa España herida
donde los generales traicionaron,
allí voces de muerte por el aire.
La vieja sociedad sobre su presa
rechina su esqueleto por el campo
ofendiendo la aurora que amanece.
Es la vida más fuerte que su crimen
y en las trompas de caza resonando
se eleva la verdad que nunca muere.*

ESPAÑA EN NAVIDAD

*¿Qué luminosa estrella
sobre tu cielo, España?
¿Qué venturas o duelos
profetizan tus astros?*

Los ángeles en coro
en nombre de tus muertos:
¿qué mensaje de paz
traen a los hombres?
¿Aún te aguardan mayores
cruces que soportar?
¿Transcurrirán oscuros
otros meses amargos
hasta que te levantes,
tierra de hermosas vidas,
asombro de naciones?
Se extiende el borrón negro
mientras prosigue el crimen
y hay hombres que desprecian
tu fama y tu destino;
sin embargo, te hubiera
preferido por madre
a seguir por la senda
de los que traicionaron,
destructores del mundo,
que blasfeman de Cristo
combatiendo a los pobres.
Navidades. Campanas.
Estruendo de cañones.
Corazones en alto.
El mar de Cataluña
brillante en sus orillas.
Madrid como una estrella.
En ningún tiempo hubo
ejército tan noble.
Con él marcha la vida
hacia la Primavera.

STANLEY RICHARDSON

(Trad. de M. Altolaguirre)

COMENTARIO POLÍTICO

NOTAS SOBRE EL FRENTE POPULAR Y LA GUERRA

Escribir objetivamente de política, en estos días de pasión española, no es tarea fácil. Quien más, quien menos siente embebido su ser en la actitud política que cuadra a sus simpatías y no puede, sin trabajo, desasirse de la subjetividad. Vamos a intentar un esquema de la actual política española, confiándonos a la medida del lector, agente, como nosotros, del proceso emocional de la guerra.

Dos modos de política conviene discriminar: la política determinada por la guerra, y la política que determinan los partidos y las organizaciones obreras. Son términos distintos de un problema, que si se convirtieran en uno sólo darían ya el problema resuelto. La guerra, por ejemplo, accede a una política exclusiva: organizar el Estado y disciplinar la sociedad, de manera que ajusten sus funciones al interés de la Milicia, esto es, a conseguir la victoria. Lo mismo persiguen, sin duda, las organizaciones y partidos, pero con procedimientos radicalmente diferenciados, en muchos casos, y siendo, quizá, el único valor pragmático de la política el procedimiento, se corre el riesgo de sacrificar a las interpretaciones peculiares, el interés esencial de la guerra.

¿Qué política satisface a la guerra? Es bien sencillo definirla: la que sepa dejar en suspenso la disciplina particular en beneficio de la disciplina general. Se ha venido repitiendo que la guerra y la revolución eran indivisibles y este supuesto lógico ha engolosinado a las entidades políticas y sindicales. Cada una de ellas ha dirigido sus actividades, mediante un error de primacía, a hacer de la revolución "su revolución". En algunas, la revolución no era ni siquiera evolución, pero las circunstancias le prestaban generosamente el sustantivo a quien quisiera usarlo en sus obras, o en sus exhibiciones. Hubiera sido más útil para España que todas las organizaciones políticas y sindicales acordaran, en principio, hacer de la guerra "su" guerra, con lo cual la revolución sería la consecuencia natural y universal de la guerra.

Al detenernos, ex profeso, en esta disyuntiva, es que la consideramos manadero de cuantas dificultades políticas puedan producirse. La guerra, como suceso vital del país, hace excusables todas las precauciones, y no estaría mal revisar el sentido de la guerra para referirlo a la conducta de los partidos y sindicatos.

El movimiento de julio fué un alzamiento para rescatar de manos de los militares sublevados la Constitución. Indudablemente las masas populares no se sentían ufanas en un estado de cosas que las obligaba a convivir constitucionalmente con los reaccionarios. Pero por primera vez, acaso, nuestra historia, fuera de política, había tenido un rasgo de gran intuición: el Frente Popular, cuyos principales artífices fueron Azaña y Prieto; es decir, un republicano, hoy Presidente de la República, y un socialista, hoy Ministro de la Defensa Nacional.

El pueblo, y muy expresivamente las organizaciones obreras, supieron asestar con el instrumento político recién creado, un mazazo electoral a la reacción en el mes de febrero de 1936. La España adocenada y recalcitrante, que vivía en la órbita del dinero y del Cristo, no quiso reducirse, ni ante la Constitución, y tomó del fascismo la audacia precisa para acabar con la libertad y con la Ley. Por todo ello, el movimiento de julio es típicamente constitucional, y lo prueba la subsistencia del Estado con sus jerarquías, instituciones y prerrogativas, pese a haber asaltado las esclusas populares y haberlo anegado todo la justicia iracundia de las masas.

Claro está que la guerra abría anchas brechas al ansia de renovación de la vida española. El pueblo presentía que le era dable aprovechar la coyuntura y transformarse social y políticamente. De aquí que las organizaciones trabajadoras, las más necesitadas de recreación, se apresurasen a interpretar la guerra como un accidente revolucionario, cuando en puridad venía a ser la revolución un accidente de la guerra. Era forzoso combinar las dos velocidades. Y ésta fué y sigue siendo la misión del Frente Popular y de sus Gobiernos. Cualquier observador circunspecto admitirá que de todo el proceso político adosado a la guerra, el Frente Popular es el factor más extenso e intenso, a despecho de los intereses de partido o sindicales que presuman próxima la ocasión de sucederle. Recordemos a este efecto, que no hace mucho quedó sobre el papel una coyunda táctica proyectada nada menos que para oponer la obra del sindicato a la obra de la política, sin contar con el Frente Popular. La operación, hecha "ad captandum vulgus" fué censurada severamente por los partidos revolucionarios, que vieron comprometido el programa del Frente Popular y su parte más imperativa: la formación del Ejército.

Hubo también contra el Frente Popular y su Gobierno genuino, al-

gunos ensayos livianos. Intrigas de pacotilla, sin otra trascendencia que revelar viejas taras y provocar algunas refutaciones periodísticas.

Tales maniobras carecían de sazón para trascender al público. Apenas obedecían a reconcomios de figuras y figurantes insatisfechos. Sin embargo, es interesante anotar que el mero episodio de manifestarse en el subsuelo político el espíritu de maniobra, poseía un cierto valor saludable. ¿Cómo sin tenerse la certidumbre de que la vida española había conseguido un grado apetecible de normalidad para soportar los escarceos de los ambiciosos, iban éstos a montar sobre la arisca experiencia española sus desvencijados tingladillos?

La política de atemperar la revolución a la guerra, es decir, la labor del Frente Popular, sigue prosperando y no vemos el alcance de nuestro juicio la posibilidad mediata de sustituirla. Algún lector quizá se extrañe de que hayamos examinado la divergencia entre los intereses de las familias políticas y sindicales y el interés imperativo de la guerra, sin establecer que el Frente Popular implica también la renuncia de gran parte de aquellos intereses secundarios en favor del interés primordial. En efecto, vale este reparo dialéctico, pero se aclara con el carácter objetivo y permanente que le adjudicamos a la conducta política, referida a la guerra. El Frente Popular es exactamente un esfuerzo para que la política determinada por la guerra y la política que los partidos y las organizaciones determinan sean una misma cosa indivisible. En cuanto esfuerzo y propósito son óptimos los frutos del Frente Popular, en tal medida que no podemos oponerles otro. Por lo tanto, contraemos la crítica a esta experiencia, a fin de que se sobreestime como una concepción sólida, no adjetiva, del pueblo. El Frente Popular se basa en la continuidad del Estado democrático y constitucional, pero además entraña el designio —y ello es lo más original de nuestra revolución— de que los partidos y organismos sindicales dispongan de un margen suficiente para experimentar sus propias concepciones, confrontándolas con la lección de los días.

La toma de Teruel ha permitido descubrir la ventaja de que los dones de la revolución, y el más aquilatado de ellos, en las presentes circunstancias, la prestación militar, sean sistematizados por el Gobierno del Frente Popular, con un estilo riguroso de mando. A raíz de este éxito de la preparación concienzuda y técnica, en el Extranjero ha derivado simpáticamente hacia nuestra causa la aguja magnética. Debemos darnos por satisfechos, ya que después de unos meses de trabajo silencioso e inteligente, esta política nos brinda los primeros laureles y digamos con palabras de Hesiodo, que el laurel proporciona la mejor madera para el timón.

FERNANDO VAZQUEZ

NOTAS

A PROPOSITO DE DOS NUEVAS COMPOSICIONES DE RODOLFO HALFFTER

"ALERTA",
*himno juvenil; publicado en el "Cancio-
nero Revolucionario Internacional", nú-
mero 2; Barcelona 1937.*

"PARA LA TUMBA DE LENIN",
*variaciones elegíacas para piano, com-
puestas para conmemorar el XX aniver-
sario de la Revolución soviética; edi-
tadas por la Sección de Música de la
Comisaría de Propaganda de la Gene-
ralidad de Cataluña. Barcelona 1937.*

¿Es que Chostakovitch —así inicia Enrique Casal Chapí una serie de preguntas en su reseña del C. R. I., n.º 1 *, a propósito de la graciosa melodía del film "Contra-Plan", de aquel compositor— tiene dos estilos totalmente distintos, hasta la despersonalización, según que escriba música instrumental o música vocal? ¿Es que Chostakovitch ha encontrado una especie de fórmula unipersonal para escribir este género de canciones de masas con una absoluta independencia del resto de su producción?... ¿Escribe Chostakovitch de una manera cuando piensa en el mundo entero y de otra cuando piensa solamente en la U.R.S.S.?" Refiriéndose a un ejemplar histórico, a fin de disipar sus dudas, Casal recurre al caso de Mozart, que, para él, "ha sido el caso único, hasta ahora, del músico que ha abordado con el mismo acierto todos los géneros musicales." Y continúa: "Aparte de sus rasgos propios en la frase musical, es justamente el estilo lo que persiste, lo que traba toda la obra de Mozart —como la de los demás grandes músicos que han quedado en la memoria de las gentes— y es precisamente la disparidad de estilo lo que nos sorprende en el caso de Chostakovitch."

Todas estas preguntas en sí no son del todo injustificadas, a pesar de que el problema, ni histórica, ni psicológicamente me parece planteado de manera muy acertada.

Es evidente que los músicos de los últimos siglos, librados de las leyes severas que se les imponía la estructuración jerárquica de la época feudal y de predominio eclesiástico, han tenido las mayores libertades para hacer evolucionar el estilo musical en todos sus aspectos. Las transformaciones de la sociedad, desde los primeros pasos tímidos de un capitalismo mercantil hasta las formas más des-

* «Hora de España», IX, págs. 72-76.

arrolladas del imperialismo moderno, han tenido sus repercusiones profundas en la expresión del estilo musical y han exigido al músico nuevas aplicaciones de la música a las nuevas aspiraciones de la sociedad. La grandiosa unidad litúrgica en la obra de los grandes polifonistas del siglo XVI se rompe ante las inquietudes de un nuevo tipo de la sociedad humana, que obliga a la música a convertirse en fuerza representativa de la nueva espiritualidad y que la necesita al mismo tiempo como elemento de esparcimiento y, finalmente, de narcótico ante una realidad cada día más desconcertante.

Si en la obra de Bach, por ejemplo, encontramos todavía una relativa unidad estilística, reflejo de una realidad social todavía relativamente estable, la obra de Mozart, a la cual se refiere Enrique Casal en su trabajo aludido, ya nos ofrece una variedad formidable en la expresión estilística. En la producción mozartiana, particularmente en sus óperas, encontramos el principio del arte musical convertido en medio de caracterización psicológica, lo que más tarde, en las óperas wagneriana y straussiana, tiende a querer representar musicalmente todas las emociones y estados de ánimo humanos.

La unidad estilística, por ejemplo, entre el "Don Juan" de Mozart y cualquiera de sus sonatas instrumentales, no es mayor ni menor que entre la canción "En Pos de la Vida" y la primera Sinfonía, de Chostakovitch, obra de gran efecto, pero de un eclecticismo verdaderamente asombroso y nada "revolucionaria". Siguiendo por esta vez la confrontación entre los dos compositores, iniciada por Casal, evidentemente tanto Mozart como Chostakovitch disponen de una rica escala de medios estilísticos muy diversos que utilizan según la función social que deberá ejercer una obra determinada. El compositor sabrá adaptarse en la selección de los medios estilísticos al "consumidor" de su música, como podríamos decir, utilizando aquí un concepto de la terminología sociológica.

*

El mismo problema nos plantea la edición de dos nuevas composiciones de Rodolfo Halffter, la canción "Alerta", publicada en el C.R.I. 2, y las variaciones elegíacas para piano, compuestas en conmemoración del XX aniversario de la Revolución soviética. Otra vez preguntaría Enrique Casal —y su pregunta sería igualmente justificada—: ¿Pero es posible que el autor de la canción del film "Alerta", canción tan alegre y optimista, tan cantable y sin plantear problemas estilísticos, sea el mismo que el de la elegía "Para la Tumba de Lenin", concebida en un estilo personalísimo y no del todo fácilmente accesible? ¿O es que el compositor de ambas producciones, continuaría preguntando, escribe con dos estilos diferentes, uno para las grandes masas populares y otro para una minoría selecta?

No cabe duda de que, al componer la canción "Alerta", Rodolfo Halffter se haya preocupado mucho de la aplicación social que deberá tener esta melodía, destinada a ser divulgada a través de un film de argumento juvenil y cantada por un sector importante de la juventud española; pero, a pesar de la cantabilidad y la gracia popularizante de la melodía, la canción no deja de ningún modo de ser muy propia del estilo característico de este compositor. La línea melódica del canto es apoyada por simples acordes, indicadores del ritmo de marcha, en los cuales dominan, muy discretamente, los de séptimas y de segundas, que encontraremos más tarde en toda su fuerza estridente en las "Variaciones elegíacas"; la manera de conducir las voces, la sobriedad en las indicaciones dinámicas y la carencia de todo falso lirismo expansivo y sentimental, tan frecuente en canciones de este género, revelan la mano firme de su autor. En ningún compás de esta pequeña obra encantadora, el modernismo personal de Halffter está negado o suprimido;

lo que pasa es que el compositor lo utiliza con la mayor discreción, teniendo siempre presente la finalidad de su canción, que precisamente se dirige a las grandes masas juveniles, todavía no preparadas para hacerse eco de un estilo musical demasiado exigente.

Esencialmente diferente es la postura del compositor cuando se confronta en su imaginación con una de las grandes figuras de la historia moderna, conductor de todo un pueblo hacia un mejor porvenir y ejemplo para futuras generaciones: nos referimos a Lenin, cuya grandiosa obra estatal acaba de entrar en el 21 año de su creación.

Un compositor español se inclina delante de la tumba de Lenin y le ofrenda, de manera austera, en conmemoración del XX aniversario de la Revolución soviética, lo mejor de lo suyo, lo más profundo de su saber y lo más íntimo de su sentir: una obra elegiaca, realizada en los términos justos que mejor interpretan su concepción y sin tener en cuenta ninguna de las consideraciones utilitarias o mejor funcionales, que forzosamente deben guiar al compositor al escribir una partitura de film o una canción de masas.

En un "Andante expresivo" se nos presenta el tema, seguido inmediatamente por su imitación estrictamente canónica: es una melodía de gran nobleza expresiva de ocho compases que se eleva en una gran tensión interior hacia su punto culminante (compás 4-5) para volver, en un descenso perfectamente equilibrado con la primera parte, a su punto inicial. En la segunda variación se da una rica ampliación emocional a la línea esencialmente tonal de la melodía: su carácter elegiaco parece aquí elevado a una esfera de afirmación viril, casi diría revolucionaria en el sentido de una promesa solemne de lealtad de todo un pueblo hacia su jefe querido, al toque de un campaneo majestuoso e implacable. Con la tercera variación, la expresión varía por completo. Su estructuración corresponde a la primera; pero el tema aparece esta vez desplegado a través de toda su más íntima esencia elegiaca, ricamente movido y con un aumento considerable de su tensión rítmica. El mismo carácter tiene la quinta variación, con las dos voces invertidas y una tensión aún mayor de su expresividad y su amplia ornamentación barroca. Entre estas dos variaciones que expresan el mayor recogimiento del sentimiento elegiaco, que ha inspirado toda la obra, se halla, como fuerte contraste emotivo, la cuarta, que corresponde, con sus obstinados golpes de acordes y sus apoyaturas martilladas, a la segunda.

La sexta variación, en fin, aparece como una especie de preludio a la apoteosis final de la última. En ella, y particularmente en la transfiguración encantadora del tema, aparece el fondo hondamente optimista del temperamento del autor. Delante de la tragedia, irremediable e irrevocable, el compositor no reacciona con un llanto de desesperación y abdicación, como hubiera reaccionado cualquier compositor del post-romanticismo, sino que la comprende en todo su sentido dialéctico como la gran lección histórica para las futuras generaciones. La figura obstinada en la mano derecha parece envolver el tema en una vacilación muy graciosa entre el tono mayor y menor; el acento discreto y reiterado sobre el *fa* sostenido de este intervalo de octava aumentada, tan característico para el estilo de Halffter, nos anticipa ya la sucesión grandiosa de acordes perfectos mayores, a través de los cuales aparece por última vez el tema de la Elegía.

En esta séptima y última variación, la melodía se halla entonada como por un coro de trompas, acompañado por un juego imponente de campanas agudas y graves, afinadas todas ellas en cuartas mayores. Sin perder nada de su austeridad severa, este final da a toda la obra un tono de elevación y de optimismo definitivo hacia un porvenir lleno de perspectivas y de promesas.

Indudablemente la composición "Para la Tumba de Lenin" pertenece al género de música ilustrativa; así lo hemos dejado entrever a través de nuestro breve análisis. No obstante, no tiene ninguna afinidad estilística con las obras de argumento extra-musical, corrientes en el siglo XIX.

Todo lo contrario. Si muchos compositores actuales de música de argumento creen deben utilizar aún hoy día el estilo lisztiano, wagneriano y straussiano, para hacer comprensible su intención, Rodolfo Halffter renuncia por completo a los requisitos estilísticos de una época cuyas emociones y preocupaciones apenas si tienen relación con las de nuestra generación. Siguiendo una larga tradición histórica de la música programática —tradición que nos limitamos con evocar los nombres de un Jannequin, un Bach, un Couperin y un Kuhnau— Halffter se basa en sus Variaciones elegíacas exclusivamente en las características de su estilo personal. Sin contar, por esta vez, con la preparación musical y las facultades auditivas de la gran masa de los oyentes y sin preocuparse mucho de lo que pueda "gustar", Halffter se muestra en esta pequeña obra conmemorativa anheloso de descubrir nuevas regiones de la expresión estética.

Con ello habrá creído mejor contribuir a la dignificación musical de la gran República de los Soviets y de su iniciador inmortal que fué Lenin.

OTTO MAYER

MAURICE RAVEL

De pronto, en una calle, me llega la noticia. Y me deja suspenso, profunda y doblemente conmovido. Porque con la sorpresa dolorosa se me presenta también de golpe todo lo que la guerra ha roto para nosotros. Todo lo que constituía nuestra vida y lo que por nuestra fe y nuestra voluntad en la liberación del hombre hemos olvidado con propia decisión. Y me doy cuenta de mi lejanía con ese mundo mío, abandonado pero que existe y al que un día me habré de reintegrar. Y en ese día será al llegar el alegre reencuentro cuando sentiremos realmente que hemos perdido sin remedio a uno de nuestros mejores amigos, que lo era por ser uno de nuestros más seguros guías. Será entonces, porque hoy la noticia todavía me deja pensando en su imposibilidad, esa imposibilidad que queremos para todo aquello que no quisiéramos que fuese. Ciertamente es que la actividad de Ravel estaba suspendida desde hacía algún tiempo. Su razón sufría una crisis, resultado de un accidente. El músico, pues, no producía. Pero continuaba viviendo el hombre. Y mientras el hombre aliente, quién sabe qué maravillas pueden aún ocurrir, qué sorpresas nos puede todavía dar. Sólo cuando la persona, el hombre, ha desaparecido se cierra esta esperanza. Y ahora se nos cierra la de Ravel que al menos para mí era muy grande todavía.

Maurice Ravel... Los que hemos nacido a la música cuando el impresionismo lo era todo; los que en la adolescencia nos hemos emborrachado de "reflejos en el

agua", de "hojas muertas", de "fuegos artificiales"; aquellos cuyos primeros pasos fueron guiados por faunos de siestas desveladas; lo que gozábamos con todo esto, pero un poco maliciosamente, haciéndonos los "enfants terribles", sabiendo, sintiendo que eso no era lo que deberíamos hacer, que no podríamos seguir haciéndolo en cuanto alcanzásemos la *mayoría de edad*, y los que al alcanzarla hemos podido comprobar que nuestra intuición tenía razones muy profundas; nosotros, los que presentíamos el hoy, no podíamos por menos de venerar a Ravel. Veneración que no era la admiración, mayor o menor, por su obra, sino otro sentimiento, cercano pero distinto, por su propia persona, por Maurice Ravel el hombre. Por aquel fino y sensible vascofrancés cuya vida ha sido, —quién sabe si inconscientemente—, no el símbolo sino la misma experiencia viva de toda esa etapa espiritual; de la existencia de los problemas que en aquellos presentimientos estaban encerrados exigiendo una resolución.

Y aquí está la gran diferencia entre Ravel y sus contemporáneos y en la que para mí reside su superioridad. Nunca este artista planteó problemas en sus obras, pero esto no quería decir que los problemas no le alcanzasen. Bien al contrario, le alcanzaban como al que más y seguramente aún más que a nadie. Por eso mismo, por esa profundidad entrañable que en él tenían se vió siempre obligado a resolverlos. Y la serie de esas resoluciones es la serie de sus obras. Su obra, que adquiría por ello en cada nueva flor un sentido de revelación no de un nuevo misterio sino de una nueva consecución. Su sensibilidad de artista le sirvió ante todo para ejercer su propia crítica. Es por eso que Ravel nunca utilizó el arte para nada que fuese extraño al arte mismo, ni siquiera "pour epater" cosa tan corriente en su tiempo. Y por esto sufrió la crítica de aquellos mismos que necesitaban ser *epatados*. En realidad nada descubrió Ravel. Consiguió únicamente un equilibrio perfecto entre fondo y forma y por lo tanto la más clara expresión de la belleza por medio del lenguaje que le era natural: la música. ¿Y es poco? En efecto hay a quienes les parece poco. Quienes olvidan la trascendencia que en el espíritu humano tienen los sentimientos estéticos, quienes desconocen sin duda su repercusión en la moral del hombre. No pensaba Ravel así —y con él estamos algunos—. Por eso prefirió dejar para otros, incluso para otros artistas, el descubrimiento de nuevos abismos, la intuición dudosa de nuevas posibilidades; todo lo problemático, y se dirigió, —sin duda su instinto le llevaba—, al encuentro de la más concreta expresión de lo bello. Podrían creer los complicadores y los desvirtuadores del arte —en suma aquellos a los que el arte *les viene ancho*— que elegía el camino más cómodo. También olvidarían que es mucho más fácil plantear que realizar, que lo verdaderamente cómodo es divagar sin límites o admitiendo un límite fijado por otro, y que lo difícil, lo de verdadera responsabilidad es elegir uno su propia disciplina y dentro de ella concretar una verdad, mucho más si esta verdad es la de la belleza que unos tachan de frívola y otros creen inconcretable. Este ha sido el clima de Ravel y por lo tanto el de su arte. Por eso a pesar de su tono de absoluta

"politesse" ha molestado tanto. Decía verdades rotundas como quién no quiere la cosa. Y molestaba y seguirá molestando a todos aquellos a los que no conviene que se diga la verdad, ni siquiera a media voz.

Pero decir verdades, mejor aún decir la verdad, también tiene sus ventajas. Todo el *clasicismo*, digámoslo así, que Ravel ha obtenido ya proviene de eso. Su obra podrá gustar más o menos a unos o a otros, pero ahí está, presente, en su lugar y un poco en el de todos, por más que no quieran.

Y esa es la obra de un hombre. De una vocación clara y una voluntad firme. De una conciencia y su línea de exteriorización. Su misión era árida. Llevaba implícita la muerte del impresionismo pero no se dejó arrebatar tampoco por la corriente contraria neoclasicista. Quiso y supo restaurar en la música la intención puramente musical que no excluye, como es lógico, su contenido humano, y para ello precisamente evitó la vuelta a la prehistoria o a la imitación clásica tan cacareadas hace unos años. Sabía muy bien Ravel que ese sentido de la música supone para nosotros una conquista del tiempo y la cultura, y sabía todo lo que podía perderse implantando, —simulando más bien—, un primitivismo o un "pastichismo". Y acertó a devolver la música a su propio cauce sin prescindir de ninguno de los hallazgos de expresión que en todas las épocas, incluso en las más desorientadas, pudieron surgir, sino incorporándolos a su propio lenguaje que por eso mismo es tan de hoy. No hay en él *arcaísmos* ni *futurismos*. Su producción primera es tan de mil novecientos como de mil novecientos treinta y siete lo es la última, y eso indica bien su vitalidad tan nuestra, tan *suya* —(1875-1937)— en el tiempo y su honradez al responder a su instinto de artista. Es sólo esta honradez lo que le permitió dar su difícilísimo paso sin necesidad de recurrir ni a Dios ni al Diablo. Sin "bluff" y sin "misticismo". Sin gesticular y sin esconderse. Siguiendo simplemente su vida mientras el mundo musical se debatía entre la "boutade" de unos, el "cerebralismo" de otros, la confusión de muchos y el "dilettantismo" con disfraz de petrolero de los más que fomentan progresivamente el "snobismo" de los "epatables" y el desconcierto de los ingenuos. El no intervenía. Sólo de cuando en cuando aparecía y restauraba el equilibrio diciendo una verdad. Todo lo que los demás esbozaban o intentaban difusamente, Ravel lo iba realizando en cada obra con una absoluta concisión, con una claridad diáfana. Y entonces esta claridad lo iluminaba todo. Encontraba "lo nuevo" en su continua busca de la más completa expresión de la belleza, porque "lo nuevo" en él no provenía de una postura ni de una teoría. Era su propia esencia. El mismo. De ahí la sorpresa gozosa que siempre producía, signo del arte verdadero, sin estridencias, naturalmente, con una discreción que por la sugestión conseguía el convencimiento. Así el éxito unánime de su primer "Concerto" para piano y orquesta. Su clara verdad resplandeció y dió aire a muchos pulmones que se ahogaban. Tan sólo la Alemania nazi no supo gustar de esta obra. Tal vez es que no puede. Se trata, sencillamente, de una verdad dicha por un hombre que no necesita privarse de la profunda comunión uni-

versal para seguir siendo él mismo en su mayor pureza. Porque Ravel, ciudadano del siglo XX, por no prohibirse nada no se prohibió ni ser el más francés de los músicos. Recogió el movimiento musical de sus días y lo cristalizó en sus expresiones que por suyas son profunda y naturalmente francesas, hasta cuando con una reincidencia especialmente emocionante para nosotros, músicos españoles, escribía su *música española*. Su alcance, su repercusión los obtiene por esa abierta posición ante el mundo, pero su encanto especial, su calidad impalpable las posee por naturaleza: por francés. Y hasta es posible que sin lo segundo no hubiese podido lograr lo primero porque, en fin de cuentas, esa posibilidad de síntesis, de equilibrio, de perfección en suma, ¿no es una pura gracia francesa?

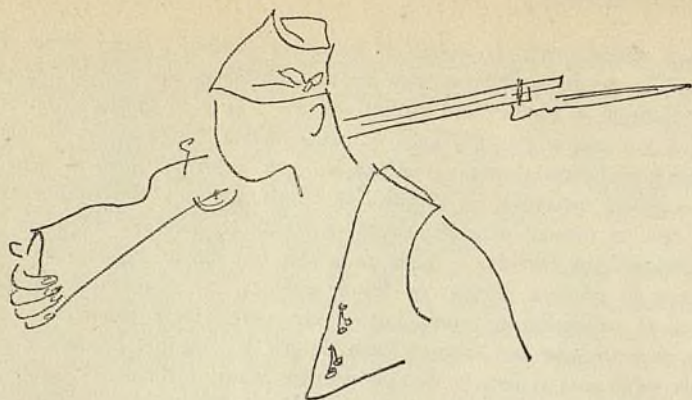
Para nosotros que nos estamos batiendo por la vida del hombre y su cultura, nos duele en lo más íntimo la desaparición de Maurice Ravel. Porque en su arte, que era el resultado de su vida, él se manifestó exquisito, inteligente, cultivado, pero simple y sencillamente, libre y natural. Como debiera manifestarse siempre un hombre.

ENRIQUE CASAL CHAPI

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR
SU PROCEDENCIA

SUMARIO : *Antonio Machado*: Miscelánea apócrifa. *Jacinto Benavente*: A la manera clásica (soneto). *Rafael Dieste*: Desde la soledad de España. *Enrique Díez Canedo*: Capacidad de Olvido (poemas). *Antonio Sánchez Barbudo*: La casa de los Ramírez (narración). *Emilio Prados*: Tránsito (poema dialogado). *O. Savitch*: Casa de Campo (narración). *Stanley Richardson*: Poemas. *Fernando Vázquez*: Nota sobre el Frente Popular y la Guerra (comentario político). *Otto Mayer*: A propósito de dos nuevas composiciones de Rodolfo Halffter. *Enrique Casal Chapi*: Maurice Ravel.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL
APARTADO CORREOS, 597. — BARCELONA

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO VILLA.
ANGEL FERRANT. ANTONIO MACHADO.
JOSÉ BERGAMÍN. T. NAVARRO TOMÁS.
RAFAEL ALBERTI. JOSÉ F. MONTESINOS.
PEDRO BOSCH GIMPERA. ALBERTO.
RODOLFO HALFFTER. JOSÉ GAOS.
DÁMASO ALONSO. LUIS LACASA.
ENRIQUE DIEZ CANEDO. LUIS CERNUDA.
CORPUS BARGA. JUAN JOSÉ DOMENCHINA.
EMILIO PRADOS. CARLES RIBA. JUAN DE LA ENCINA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE. A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA. A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS. MARÍA ZAMBRANO. E. CASAL CHAPÍ.

SECRETARIO: JUAN GIL-ALBERT

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 18 PESETAS

1 peseta.